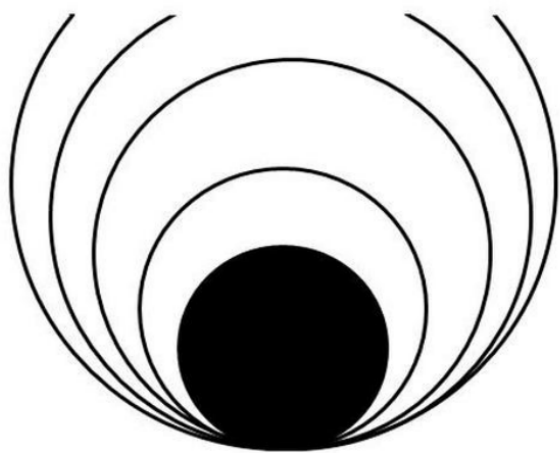




CRIMEN EN LA MENTE

Curtis Garland





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.683 - El veneno del escorpión.

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.071 - La dama que gritó.

En Colección **LA HUELLA:**

134 - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

CRIMEN EN LA MENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1079
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 38.251-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1983

1ª edición en América: julio, 1983

© Curtis Garland - 1983

texto

© Almazán - 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

PRÓLOGO

Ha vuelto a ocurrir.

Fue anoche. He despertado tembloroso y bañado en sudor. Creí que no iba a pasar de nuevo. Pero no ha sido así.

Otra vez he vivido la misma terrible experiencia. Estoy aterrorizado.

Ahora creo saber que no es simple coincidencia, casualidad fantástica ni una absurda pesadilla sin sentido. Y ahora que sé eso, todavía siento más terror, más inquietud. Más angustia y más pánico.

Porque ni siquiera sé lo que es. No sé lo que está ocurriendo. No sé qué clase de horror inexplicable estoy viviendo. Pero empiezo a dudar de mi propia razón, de mi equilibrio mental.

¿Estaré volviéndome loco?

Es la alucinante pregunta que me hago a mí mismo, sin encontrar respuesta posible. Sin saber qué hay detrás de todo ello.

Porque algo es cierto y bien cierto. Algo está fuera de toda duda.

La muerte está en mi cerebro. El crimen está en mi mente.

La primera vez no podía saber eso. Ahora, estoy seguro de ello. Totalmente seguro.

No tengo apetito alguno. ¿Quién puede sentir deseos siquiera de desayunar?, cuando esos horribles titulares están ante mis ojos, en la primera plana del diario, desplegado, más allá de la bandeja donde me han presentado el zumo de naranja, los huevos con *bacon*, el café, la mantequilla y el pan caliente.

Dios mío, qué titulares...

«FAMOSO PINTOR ASESINADO BRUTALMENTE EN SU
ESTUDIO»

Un subtítulo anunciaba la información del suceso en la página de «última hora», ya que el crimen había tenido lugar en plena noche. El cadáver había sido hallado solamente minutos más tarde de cometido el asesinato, a causa de los gritos, ruidos y destrozos habidos en el estudio de la víctima.

No quería leerlo. No lo necesitaba. Conocía todos sus detalles, punto por punto. Después de todo, yo había vivido ya ese crimen en todas sus más mínimas circunstancias.

No sé qué hacer, la verdad. A estas horas debe de existir alguien en esta ciudad tan perplejo como yo mismo. Y ese alguien será un miembro de Scotland Yard, orgullo nacional de todos los británicos amantes de la ley.

Seguramente estará releiendo atónito mi carta, preguntándose cómo diablos puedo yo haber anticipado algo así... a menos que sea el asesino en persona.

¿Lo soy?

Empiezo a dudarlo. No sé qué responder a eso. Por esa misma razón tengo tanto miedo. Me aterra la sola idea de que, realmente, mi mano haya sido la ejecutora de este segundo crimen, cometido en el breve período de una semana.

Y, sin embargo, ¿qué otra posibilidad racional existe para explicar lo que me sucede?

Ninguna. Ésa es la desoladora verdad.

Al final tomó la copa de zumo de naranja y un sorbo de café con un poco de pan y mantequilla. No me apetece más. También es mala fortuna la mía. Por vez primera me encuentro en un buen hotel, en esta hermosa ciudad de Londres que tanto me seduce, a punto de pisar un escenario londinense y representar en él nada menos que a William Shakespeare. No es que yo sea el primer actor, no. Ni mucho menos. Debo conformarme con ser el Mercuccio de *Romeo y Julieta*, el Horacio de *Hamlet* o el Edgar de *El Rey Lear*, pongamos por caso.

Pero ésta es mi gran oportunidad de actor en el propio Londres. Y tenía que suceder esto. ¿Quién pensará, pongamos por caso, en ayudar a Próspero a domar con su magia al monstruo Calibán, en *La Tempestad*, bajo la personalidad del duende Ariel? ¿Quién podrá escuchar atentamente la aventura del inefable Falstaff, como el señor Brook, en *Las alegres comadres de Windsor*, o convencer al

celoso Otelio de la insidia de Yago, en su afán de culpar a Desdémona?

¿Quién puede hacer todo eso en un escenario, mientras su pensamiento está lejano, inmerso en el horror de algo que está dentro de la mente y que no tiene explicación razonable posible?

Para mí, actor joven, ilusionado con mi carrera escénica, todo esto supone un auténtico desastre. Debo ir a ensayar, como cada día, sí. Y debo pensar que solamente dentro de tres días, el telón se alzará ante un público exigente, para asistir a la representación de nuestro repertorio clásico.

Eso tendría que proporcionarme la mayor ilusión de mi vida. He soñado durante años enteros con llegar algún día a pisar un escenario de Londres. Y ahora en que ello es posible... ni siquiera puedo concentrar mis pensamientos en tal acontecimiento. No tengo la menor ilusión. Mis ideas están lejos, muy lejos de todo lo que hasta ahora constituyó mi vida y mis ilusiones.

Termino mi frugal desayuno. Ni siquiera una ducha fría me alivia de mis temores y preocupaciones. Sigo pensando en ese crimen, ese horrible suceso del estudio de un pintor llamado John Lamont, al que jamás he conocido ni he llegado a ver en persona.

¿O quizá sí?

¿He visto a ese hombre más allá de mis propios sueños espeluznantes, donde me fue dado verle morir bajo los golpes de un arma acerada que se cubría rápidamente de sangre, lo mismo que las paredes y los lienzos sin concluir del artista?

Necesito saber, quiero estar seguro de algo, cuando menos, por duro y doloroso que resulte para mí. Pero salir de dudas, de incertidumbres, de temores. Necesito llegar al fondo de la cuestión.

Ya no me basta con esa misiva anónima que envíe a Scotland Yard apenas desperté de mi sueño, entregándola a un mozo del hotel para que la enviase por correo. Tengo que afrontar cara a cara, personal y directamente, el terrible dilema. Con todas sus consecuencias, tengo que hacerlo.

Y que sea lo que Dios quiera.

He tomado una decisión. Iré a Scotland Yard hoy mismo. Apenas termine el ensayo en el escenario del Old Vic.

Me presentaré ante quien sea, inspector o superintendente. Y le diré justamente lo que ha sucedido:

—Es la segunda vez que me ocurre. La segunda vez que sueño con un asesinato, en sus menores detalles... y ese asesinato se comete la misma noche en que yo lo sueño. Idéntico, como si hubiera estado presenciándolo de forma directa en el mismo escenario del suceso. Es decir, yo veo los asesinatos antes que se cometan... o en el mismo momento en que se están cometiendo.

CAPÍTULO PRIMERO

El superintendente Jonathan O'Hara, de Scotland Yard, se quedó mirando fijamente a su visita.

Meneó la cabeza de un lado a otro, y repitió, estupefacto:

—¿Qué usted ha visto cometer esos crímenes?

Asintió el joven.

—Así es, señor. Como si hubiera estado presente en el momento de suceder.

El superintendente O'Hara frunció el ceño. Sus ojos reflejaron una evidente perplejidad. Y también cierto recelo.

—Hemos recibido una carta urgente en ese mismo sentido esta mañana —manifestó secamente.

—Era, mía, señor.

—¿Suya? —El policía se mostró desconcertado—. Era anónima.

—Lo sé. Firmaba «un amigo». Tenía miedo de informar personalmente de algo que parecía tan absurdo.

—¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

—Las noticias de los periódicos.

—Ya —el fornido hombre de Scotland Yard se frotó el mentón con la mano, mientras sus ojos azules estudiaban escudriñadores a su interlocutor—. Se cumplió su pretendida premonición, ¿no?

—Eso parece. Y es lo que me aterra, señor. En todos sus detalles se ha cumplido, por desgracia. Un pintor, un estudio, cuadros, un arma blanca, sangre...

—Usted añade más en su carta: el pintor, la víctima, era un hombre aún joven, pelirrojo y con rostro lleno de pecas.

—Dios mío... —jadeó el joven—. ¿Y... era así?

—En efecto —afirmó O'Hara, rotundo—. ¿Conocía usted de algo a John Lamont?

—No, cielos. Nunca le vi en toda mi vida.

—Sólo le faltaba el nombre, sin embargo, para acertar de pleno

—comentó con cierta desconfianza O'Hara—. Deberá admitir conmigo, mi joven amigo, que todo esto es muy extraño.

—Mucho, señor —se estremeció el visitante de Scotland Yard con un profundo suspiro de abatimiento.

—Y difícil de creer.

—¿Difícil? Imposible diría yo.

—¿Pretende afirmar que jamás estuvo en el estudio de pintor de John Lamont?

—No es que lo pretenda. Es que es así, superintendente. Ya le dije que no sabía siquiera de su existencia, antes de tener ese sueño... si es que realmente fue un sueño.

—Exacto. Si realmente fue un sueño.

El joven arrugó el ceño. Miró al policía con cierto sobresalto.

—¿Qué quiere decir, señor? —indagó.

—Yo, nada. Usted lo dijo, recuerde —sonrió O'Hara. Tras una corta pausa, indagó bruscamente—: ¿Cuál dijo que es su nombre?

—Rodney Randall.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Profesión?

—Actor.

—¿Actor? —Enarcó las cejas y miró, sin dejar de anotar en una hoja de papel—. ¿Qué clase de actor?

—Actor, simplemente —sonrió el joven—. Teatro, por supuesto.

—¿Sólo teatro? ¿Nada de cine ni televisión?

—No, no. Nada de eso. Teatro clásico. Ya sabe: Shakespeare, Molière, Rostand, Schiller...

—Sí, ya sé. ¿Dónde trabaja?

—Actualmente voy a debutar en Londres, en el Old Vic, nada menos —dijo con orgullo el joven—. Hasta ahora, trabajaba por provincias. Ya sabe: turnés por pequeñas ciudades y pueblos. Cuesta mucho llegar a trabajar en Londres. Pero tuve suerte. Mi compañía ha ganado bastante prestigio en sus actuaciones en Liverpool, Manchester y Leeds. Nos contrataron para actuar dos meses en Londres.

—Sí, entiendo. ¿Es usted primer actor, galán...?

—Oh, nada de eso. Segundos galanes, señor. Y actor de reparto a veces, según las obras. Es dura esta profesión, hasta llegar a ser

alguien.

—Lo supongo, claro. ¿Está enamorado de su profesión, señor Randall?

—Mucho, sí.

—¿Le gusta representar papeles difíciles, por tanto?

—Siempre que sea posible, claro.

—De modo que podríamos decir que es un maestro en el arte de fingir. De representar papeles de personajes imaginarios y fantásticos...

—Por supuesto, superintendente. Es mi trabajo —sonrió él. De pronto se puso serio y miró fijamente al policía—. ¿Por qué dice todo eso?

—Porque podría estar ahora representando uno de esos papeles, simplemente.

Rodney se sintió ofendido al parecer. Miró con dignidad herida al policía.

—¿Quiere decir que estoy mintiendo, señor? —preguntó.

—No exactamente, no se ofenda. Puede estar, simplemente, representando un papel más. Deformación profesional, diría yo.

—Eso es absurdo, señor. No finjo nada. No es imaginación simplemente. Lo sería si no se confirmase luego con la realidad. Tenga en cuenta que ésta es la segunda vez que me ocurre.

—Sí, es cierto. Dijo que por *dos* veces había vivido esa extraña sensación de anticiparse o de en su preciso momento los hechos criminales que luego confirmaba mediante las noticias. Pero sólo nos consta este caso concreto. ¿Cuál fue el otro?

—Ocurrió hace justamente cinco días, señor. Aquí mismo, en Londres.

—¿Qué caso fue, exactamente?

—La muerte de Basil Cassidy.

—¡Basil Cassidy! —El policía pegó un respingo—. ¿Está seguro de eso?

—Claro, superintendente. Bien seguro. Lo recuerdo perfectamente —sonrió con tristeza Rodney Randall.

—¿Qué recuerda, quiere decírmelo, por favor?

—Por supuesto. Basil Cassidy, rubio, desgarbado. Vestido con una bata de color marrón. En una habitación oscura, iluminada con luz roja.

—Cierto, Le mataron mientras procedía al revelado de película en un laboratorio. Era especialista en ese trabajo para una productora de cine y televisión. Siga.

—Vi que le atacaba alguien con guantes negros, igual que a Lamont. Guantes de piel. Con un estilete muy largo y agudo. Le acuchillaba por la espalda, derribándole sobre la pila del líquido de revelar, que llenó de sangre al vomitar la hemorragia...

—¡Exacto! —asintió el superintendente, muy serio—. Acaba de describir cómo mataron a Basil Cassidy, señor Randall. ¿Informó en esa ocasión a la policía?

—No, señor. Esa vez, no.

—¿Por qué motivo? Hoy sí lo hizo.

—Verá, era distinto... No me había sucedido nunca. Yo acababa de llegar a Londres. Estaba como loco con mi oportunidad de trabajar aquí. Atribuí todo eso a una horrible pesadilla sin sentido, y lo olvidé por completo... hasta que al día siguiente, la prensa de la tarde publicó los detalles del suceso. Sentí verdadero horror. Pero tampoco me atreví a decir nada. Incluso dudé si habría leído u oído algo, antes de dormirme esa noche y tener semejante sueño...

—¿A qué hora se acostó esa noche, lo recuerda?

—Pues aproximadamente sobre las once. Es mi hora habitual... No recuerdo que esa noche hiciera nada especial. Quería madrugar al otro día para visitar la ciudad un rato. Sí, sobre las once sería.

—Entonces no pudo oír nada —declaró gravemente O'Hara—. A Basil Cassidy le asesinaron entre dos y tres de la madrugada.

—Lo sé. Leí eso en los diarios... —Rodney tragó saliva—. Fue una horrible sensación la que sentí al leer los detalles, tan idénticos a mi sueño...

—¿Está seguro de que su sueño fue tan minucioso, tan exacto... o es que luego creyó soñar todo eso, al verlo en las fotografías de los diarios?

—No, no. Sé que soñé todo eso, tal como lo he referido.

—Está bien. Decidió no decir nada a nadie, pese a todo. Y ahora, en cambio, ha tenido una idea diferente. ¿Por qué?

—Compréndalo, superintendente. Soñé por segunda vez un crimen. Y apenas me levanté, vi los titulares en el periódico, oí las noticias en la radio...

—Sí, comprendo. En este caso, ha dado detalles que no

aparecen, en los diarios. Eso debo admitirlo.

—¿Detalles? ¿Qué detalles?

—Bueno, ese de los guantes negros, no podemos comprobarlo porque nadie, que yo sepa, fue testigo directo del crimen. Pero hay ciertos hechos curiosos que usted me ha mencionado en su sueño, y que no hemos dado aún a la publicidad.

—¿De veras, superintendente?

—En efecto. Usted me ha hablado antes de un desnudo de mujer manchado de sangre, de un gran cuadro sin terminar, volcado boca abajo junto a una vidriera, exactamente al lado del cadáver del pintor. Y todo eso es cierto. No sé cómo pudo saberlo, pero es cierto.

—¿Saberlo? —suspiró el joven actor—. Se lo he dicho hasta la saciedad: lo soñé o lo vi con los ojos de mi mente. Todos esos detalles aparecen grabados en mi memoria con absoluta nitidez. Desperté bañado en sudor tembloroso, como si realmente hubiera asistido como testigo al crimen, y estuviera aún bajo los efectos de la impresión terrible que me produjo.

—Sí, entiendo —dijo el policía, aunque distaba mucho de vérselo convencido de todo aquello que escapaba a la rutina lógica en un funcionario de policía. Meditó, golpeando con su bolígrafo sobre las páginas de papel en que iba haciendo sus anotaciones, antes de alzar la cabeza, mirar fijamente a su interlocutor y añadir una pregunta que sorprendió a éste—: ¿Quién es su médico?, señor Randall.

—¿Mi... médico? —se sorprendió éste, pegando casi un respingo.

—Sí, eso dije.

—Nadie, señor. No he visitado a ningún médico desde que era niño. Ni ninguno me ha tenido que visitar a mí.

—Por lo que veo, goza de excelente salud.

—Así es. El año pasado, trabajando con una compañía en Edimburgo, sufrí un fuerte resfriado. Era en pleno invierno. Tomé un jarabe y unas tabletas, guardé cama un día entero en que no trabajaba, y me encontré perfectamente. No necesité a ningún médico para eso. Es todo lo que me ha ocurrido. ¿Por qué me lo preguntó?

—No, por nada —hizo un vago ademán O'Hara—. Pero yo que

usted, señor Randall, visitaría ahora a un médico.

—¿Para qué?

—Bueno, podría referirle todo cuanto a mí me ha dicho. Tal vez él pueda entender mejor lo que le sucede, la razón por la que puede usted soñar en acontecimientos que aún no han sucedido o que están sucediendo en esos momentos.

—¿Se está refiriendo a... a un psiquiatra?

—¿Por qué no? —El policía elevó sus hombros—. Ellos entienden esos problemas mentales mucho mejor que un policía podría hacerlo.

—¿Sugiere que estoy... loco?

—Por Dios, ¿qué está diciendo? ¿Cree que quienes visitan a un psiquiatra están locos? Hoy en día, amigo mío, hay numerosas enfermedades nerviosas, alteraciones psíquicas causadas por nuestra forma de vida. Usted es un joven sensible, quizá por la profesión que tiene, y puede sufrir alguna clase de trastorno que un especialista en psiquiatría sepa tratar y entender.

—Si imaginara cosas, superintendente, esa sugerencia tendría un sentido. Pero le estoy hablando de cosas que realmente, suceden tal como yo las veo. ¿Puede un psiquiatra tratar algo así? ¿Es que alguna medicina podría explicar lo que yo sufro en estos momentos?

—¿Por qué no? Existen actualmente fenómenos parapsicológicos que yo no entiendo bien. Y uno de esos fenómenos podría producirse en usted. Puede ser un simple vidente, o algo más. Puede que su psiquis esté superdesarrollada en algún sentido, y nos interesaría saber si eso es sólo un hecho aislado o puede llegar a desarrollarse de un modo persistente. Compréndalo, entonces podría sernos usted de mucha utilidad en la investigación de casos criminales como los que nos ocupan. Por ejemplo, yo no he pensado ni por un momento en que las muertes de Basil Cassidy y John Lamont pudiera haber una misma mano criminal, como su sueño parece haber sugerido, al mencionar en ambos crímenes un hecho común: los guantes de piel negra del asesino. Créame, señor Randall, su caso me interesa y me preocupa mucho. Sólo quiero saber si, por un fenómeno de telepatía o cosa parecida usted vio cosas que sucedían a distancia, o si bien posee poderes especiales que permitan a la policía encontrar pistas de casos criminales con

mayor rapidez.

—¿Y cree que un psiquiatra puede darnos esa respuesta?

—Cualquier psiquiatra, posiblemente no. Uno, en particular... quizá.

—¿Qué quiere decir?

—Conozco a un médico psiquiatra muy especial. Le interesan todos los problemas que se pueden calificar de parapsicológicos, y cuánto afecte a la mente humana en el terreno menos conocido de la misma hasta el momento. Le voy a dar unas líneas de presentación para ese médico, y me gustaría que fuese a verle. ¿Qué le parece la idea?

—Si usted cree que es la más adecuada... estoy dispuesto a seguirla, superintendente —confesó Randall, pensativo—. Cualquier cosa será mejor que seguir en esta incertidumbre, sin saber qué me sucede, sin entender por qué ocurren todas estas cosas...

El superintendente O'Hara no hizo comentario alguno. Tomó una hoja de papel timbrado y comenzó a escribir con celeridad en el mismo.

—El doctor Gridley —explicó mientras escribía— acostumbra a dar día y hora con mucha antelación a sus pacientes. También es bastante caro en su consulta privada. A usted le verá gratuitamente y de inmediato, apenas le pasen esta nota, se lo aseguro. Tiene muchos favores que agradecerme y es un buen amigo. Póngase en sus manos sin ninguna reserva.

—Así lo haré —admitió el joven, aunque en su fuero interno seguía considerando aquella visita médica como un paso inquietante, como la posibilidad atroz y remota de que su cerebro fuese anormal, de que pudiera estar a pocos pasos del abismo tenebroso de la demencia.

El doctor Morgan Gridley examinó con ojos críticos a su joven visita.

Era un hombre de edad mediana, rostro bronceada y ojos oscuros, cabellos prematuramente blancos, especialmente en patillas y aladares, con un traje irreprochablemente cortado por algún buen sastre de Mayfair, y ademanes cuidadosos y pulcros.

Había leído la nota del superintendente O'Hara, haciendo pasar de inmediato a su consulta al joven actor, apenas hubo despedido a su visita anterior. Ahora estaba escuchando la historia de Rodney

Randall, repetida minuciosamente con voz pausada y tranquila. Pese a ello, Rodney se sentía un poco como un conejillo de indias en un laboratorio experimental, bajo la mirada del investigador. Procuró luchar contra tan incómoda sensación, limitándose a recordar todos los detalles de sus sueños premonitorios y exponerlos punto por punto al médico.

El doctor Gridley asintió con la cabeza, tras escuchar las últimas explicaciones del joven. Sobre la mesa, a su lado, un magnetófono pequeño iba funcionando en la grabación de toda la entrevista. Pese a ello, aún tomaba frecuentes notas en un bloc abierto ante él. La luz de una lámpara hacía destellar el oro de su pluma.

—Muy bien —suspiró finalmente, tras terminar Rodney su historia, y dejando pasar una corta pausa en silencio antes de hablar—. ¿Es todo, señor Randall?

—Todo, doctor.

—¿Se lo ha referido en idénticos términos a la policía?

—Punto por punto. Pero no parecieron entender nada de nada.

—Es normal —sonrió levemente el psiquiatra—. Carecen de imaginación las más de las veces. La rutina forma parte de sus ideas, hay que comprenderlo. Señor Randall, el superintendente O'Hara es amigo mío. Le debo mucho, es una gran persona y un buen policía. Pero no puede pedirle que entienda ciertas cosas y menos aún que las acepte, por evidentes que parezcan.

—¿Quiere decir que no creyó mi relato?

—No exactamente, pero... —Meneó la cabeza, dubitativo—. En fin, podríamos decir que debe albergar muchas reservas respecto a la veracidad de su historia.

—Pero si habló incluso de... de detalles que nadie conocía aún, que la policía no había dado a la publicidad y que yo, sin embargo, le mencionaba.

—¿Eso dijo? —El médico enarcó las cejas, estudiando a su visitante—. Tal vez admita que hay algo de verdad inexplicable en lo que usted dice, pero como no puede comprenderlo, no acaba de aceptarlo plenamente. Está desconcertado, no hay duda. Por eso le ha enviado a mí.

—Doctor, ¿no será... no será que el superintendente O'Hara sospecha de mí? —sugirió de repente Rodney con tono alarmado.

—¿Sospechar? ¿Quiere decir que puede tener el recelo de que

usted... sea testigo real de esos crímenes?

—Testigo... o culpable.

—¿El asesino? —El doctor Gridley sonrió, moviendo la cabeza —. No, no creo que llegue a tanto. Sabe que un asesino no jugaría tan audazmente sus cartas, yendo a la policía a narrar su fantástica historia.

—Pero me ha enviado a usted. Puede sospechar que yo sea un psicópata, un enfermo mental...

—Dejemos eso. De momento, no nos consta en absoluto que el superintendente sospeche de usted en ese sentido. Su nota presentándomelo, dista mucho de ser la que correspondería a un sospechoso. Cálmese y deje que sea ahora yo quien haga las preguntas, amigo mío. Debe relajarse y responder con sinceridad a todo, ¿quiere?

—Por supuesto, doctor. Para eso estoy aquí. He pedido permiso a mi director para irme antes del ensayo, pese a que estamos a punto de debutar en el Old Vic, precisamente para venir en sus horas de consulta.

—Arreglaremos eso —sonrió el psiquiatra—. Si debe volver alguna otra vez, lo hará en horas que sean compatibles con su trabajo. Admiro a los actores. Y adoro a Shakespeare. Deseo que su debut en Londres sea triunfal, mi joven amigo.

—Gracias, doctor —Rodney se tranquilizó, satisfecho por las palabras del médico—. Puede empezar cuando quiera.

—Muy bien. Empecemos, entonces, por el principio. Ésa es mi norma habitual. Y suele dar resultado. ¿Cuándo tuvo su primer sueño premonitorio?

—Hace justamente cinco días, cuando mataron a Basil Cassidy, un técnico cinematográfico experto en fotografía.

—¿Está seguro? ¿Nunca ocurrió nada parecido antes de ese día?

—Que yo recuerde, nunca.

—¿Tiene buena memoria?

—Muy buena, sí. Los actores la necesitamos.

—Cierto. De modo que está seguro de que no soñó nunca nada así.

—Del todo, doctor.

—Hábleme de su primer sueño. ¿Dónde estaba cuando ocurrió?

—Aquí, en Londres. Acababa de llegar de una gira por

provincias. Íbamos a debutar en breve, y comenzaba una semana de ensayos.

—¿Nunca, por tanto, le sucedió eso fuera de Londres?

—Nunca, por supuesto.

—¿Su llegada a Londres le ha excitado tal vez en exceso?

—Posiblemente. Me encanta esta ciudad. Y la idea de trabajar en un teatro como el Old Vic rebasaba todas mis esperanzas. Me sentí muy feliz aquí.

—¿Y preocupado?

—No. Sólo lo justo. El sentido de la responsabilidad de tener que actuar ante un público especializado.

—¿Todo eso pudo alterar de alguna forma su estado de ánimo habitual?

—Sólo en cierto modo, supongo.

—¿Acostumbra a tener pesadillas?

—Solamente sueños, mejores o peores. Como todo el mundo.

—¿Se medica de alguna forma?

—No. Nunca he ido al médico siquiera.

—¿Sufre dolores de cabeza, períodos de aturdimiento o de depresión?

—No, que yo sepa.

—¿Dónde se aloja?

—En un buen hotel del centro —le dio el nombre—. Tengo algunos ahorros. Creo que vale la pena vivir bien en Londres. Eso eleva la moral del actor, de cara a su actuación en escena.

—¿Preocupaciones de algún tipo? ¿Personales, profesionales?

—Ninguna —suspiró—. No tengo familia.

—¿Ninguna clase de familia?

—Ninguna. Mis padres murieron siendo yo niño. Tuve un hermano y también murió hace años.

—¿Familia de actores?

—Sí —afirmó con orgullo Rodney—. Mi padre era Desmond Kellaway, un gran actor shakespeariano.

—¿Kellaway? —repitió sorprendido el médico.

—Es mi verdadero apellido, doctor. El de Randall es el artístico. No deseo vivir a la sombra de las glorias artísticas de mi padre.

—Comprendo. Desea triunfar por sí mismo.

—Así es. Y tengo fe en conseguirlo.

—Sin duda. Ahora hablemos de otra clase de relaciones. ¿Cómo se lleva con sus compañeros de trabajo?

—Normalmente bien. No me mezclo en sus intrigas ni comadreos jamás. Me gusta ser independiente y que los demás lo sean también.

—¿Novia?

—No.

—¿Amante o amiguita?

—Tampoco.

—Sexualmente, ¿qué relaciones mantiene?

—Las normales. De vez en cuando una chica, una aventura, un pequeño romance. Pero nada definitivo ni formal. Antes de nada está mi carrera. De todos modos, no soy un reprimido sexual, si a ello se refiere.

—De modo que tenemos una persona absolutamente normal, equilibrada y sana —meditó en voz alta el médico—. Me lo pareció desde un principio. Supongo que no ha sufrido últimamente accidente o golpe alguno en su cabeza...

—No, desde luego que no —sonrió Rodney.

—De modo que el fenómeno se ha presentado así, de súbito, sin razón aparente alguna que lo justifique. Pero todo cuanto soñó se ha cumplido en la realidad.

—Eso parece, doctor.

—Es extraño. Nunca le sucede nada durante toda su vida, y de pronto se convierte en una persona capaz de presentir o de captar acontecimientos que suceden en otro lugar, relativamente lejos de donde usted se hallaba en el momento de ocurrir.

—Sí, así es.

—Tuvo que darse el hecho de que residiera usted en Londres, para que otros acontecimientos, casualmente ambos de tipo criminal, y quizás de modo no tan casual, llevados a cabo por una misma mano ejecutora, lleguen a su mente a través de un sueño premonitorio.

—¿Pudo tener eso influencia alguna, doctor?

—No podemos saberlo. Es sólo una posibilidad entre tantas otras. Pero digna, a mi juicio, de tenerlo muy en cuenta a la hora de analizar las posibles razones que han motivado ese fenómeno psíquico que usted padece ahora.

—Por lo que he leído, la distancia entre los escenarios de los crímenes y mi hotel media bastante distancia. Un crimen tuvo lugar en Chelsea y el otro en Finsbury mientras que mi hotel está en Saint James...

—Lo sé, lo sé —le calmó el psiquiatra—. Creo que la distancia es un factor relativo, pero indudablemente, de haber estado fuera de Londres, quizás no se hubiera presentado ese fenómeno. De todos modos, vamos a hacerle un encefalograma y unas radiografías del cráneo, aunque no creo que eso nos aclare gran cosa. Personalmente, pienso que la explicación de esos hechos insólitos dista mucho de poder explicarse por medios puramente clínicos.

—¿Qué quiere decir con eso, doctor?

—Creo que el superintendente ya le habrá hablado de mi afición a problemas de tipo parapsicológico. Pues bien, o usted realmente presencié esos crímenes, en el propio escenario de los hechos... o unos poderes especiales, de los que nada sabemos aún, le permiten establecer contacto mental con el asesino y sus víctimas. Pero si ello es así, ¿por qué, señor Randall? ¿Por qué?

CAPÍTULO II

¿Por qué? ¿Por qué, por qué?

Era la misma interrogante. Y siempre sin respuesta posible. Pensaba en ella mientras pasaba ante la conserjería del viejo teatro y saludaba a Eric Keaton, el conserje de rostro rugoso y afable, que le sonreía al saludarle a su entrada para el ensayo habitual.

—¿Preocupado por algo, señor Randall? —indagó el viejo conserje, saliendo de la encristalada garita con su cojera impenitente.

—Sí, amigo —suspiró él, distraído—. Muy preocupado.

—Si puedo hacer algo por usted...

—Nada, gracias —sonrió Rodney, encogiéndose de hombros—. Nadie puede hacerlo...

Siguió adelante. Poco después se iniciaba el ensayo, con la escena del cementerio del acto quinto. Charles Seymour, el primer actor, preguntaba como atormentado príncipe de Dinamarca:

—¿Crees que el gran Alejandro, metido bajo tierra, tendría esta misma forma horrible?

Y él respondía, siguiendo en su papel del fiel Horacio:

—Eso creo, Príncipe.

Hubo una expresión de contrariedad en el rostro del primer actor en ese momento.

—No, no —rechazó con cierta irritación, dejando la calavera sobre una mesa, y mirándole fijamente—. No le estoy preguntando qué hora es, Randall. La interrogante de Hamlet es mucho más profunda y obsesiva para él, que se enfrenta a la Muerte en igualdad para con los grandes y pequeños hombres.

—Lo sé, señor —confesó Rodney—. Y lo siento. Me siento cansado, aturdido...

—Está bien. Descansemos un cuarto de hora. ¿Seguro que está bien?

—Seguro, señor, gracias —se apresuró a responder, alejándose.

El viejo Keaton fue a su encuentro con un vaso de agua. Rod tomó un sorbo y miró agradecido al conserje.

—Es muy amable, Keaton —suspiró—. Gracias por el agua.

—Oh, no diga eso —sonrió el hombre, iniciando la retirada con su pausado andar cojeante—. Le noté tenso, agarrotado. El agua relaja a veces, señor Randall. ¿Quiere que llame al médico del teatro?

—No, no, gracias. Me encuentro bien, Keaton. Voy un rato al camerino.

Una vez en él, se dejó caer en el asiento, ante el espejo rodeado de bombillas. Apoyó la cabeza entre las manos.

Sabía que no se encontraba nada bien. Pero aquello no parecía cosa que pudiera arreglar ningún médico, ni siquiera el prestigioso doctor Gridley. Debía volver a la consulta al otro día, para hablarle de su infancia, por si la clave de todo estaba allí. Las radiografías y encefalogramas no habían aportado nada nuevo al caso.

Según todo ello, era un ser perfectamente normal, con un cerebro sin problemas ostensibles. A menos que su subconsciente o una causa parapsicológica tuviera la culpa de sus sensaciones últimas, todo aquello carecía por completo de explicación.

Sabía que debía dejar de pensar en ello, porque todo eso acabaría por arruinar su propio trabajo. Si seguía recitando a los personajes shakespearianos como en aquel desdichado ensayo, Seymour acabaría por quitarle el papel y despedirle de su compañía. Era un hombre exigente y todos se jugaban mucho en aquel envite, para echarlo a rodar tan estúpidamente.

Oyó hablar a Seymour, con voz potente. Parecía irritado aún por la suspensión del ensayo. Eric Keaton, el viejo y afable conserje, era quien estaba recibiendo ahora la bronca. Parecía tomárselo filosóficamente, porque contestaba con voz tranquila y sin alterarse. Seymour acabó callándose.

—Oh, Dios mío, ¿por qué tiene que sucederme todo esto, precisamente ahora? —se lamentó amargamente Rodney, golpeándose la cabeza con ambos puños, como si de aquel modo le fuera posible arrancar de su más insondable profundidad, de más allá de las cerradas puertas de su mente, de los recovecos misteriosos del subconsciente, el extraño fenómeno que le

atormentaba.

Y se quedó sumido en un silencio profundo, absorto en sus sombríos pensamientos. Empezaba a dudar de todo: de la policía, del psiquiatra, de sí mismo...

—Oh, perdona... Creí que estarías visible, Rod...

Levantó la cabeza. Miró a través del espejo.

—¿Y no lo estoy, Hill? —demandó.

—Bueno, creí que dormías un poco...

—No. Meditaba, eso es todo —se incorporó—. Pasa, Hill, por favor. ¿Deseas algo?

—Sólo charlar contigo un momento.

La joven de larga melena rubia que aparecía en la puerta, esbelta y grácil, mitad mujer mitad adolescente casi infantil por su apariencia física, sonrió dulcemente, indecisa entre entrar, o quedarse en la puerta.

—Por favor, entra —rogó Rodney—. Estaba absorto en mis pensamientos, eso era todo.

—¿De verdad no te molesto?

—¿Puede molestar alguna vez tan dulce criatura? —sonrió Rodney—. Hamlet jamás pensaría eso de su dulce Ofelia...

—Oh, no seas tonto —rió ella—. Ahora no soy Ofelia.

—Pues lo pareces. Creo que Seymour ha tenido mucha suerte en contar con una chica como tú. Pareces el personaje mismo, tal como Shakespeare lo creó.

—No creo ser tan dulce ni tan ingenua —sonrió la muchacha—. Ni estoy loca todavía.

—Suerte la tuya —suspiró Rodney—. Yo empiezo a dudar.

—Sé lo que te pasa. Por eso subí a verte. Seymour me dijo algo. El resto me lo contó un periodista.

—Un... ¿qué? —Se sobresaltó Randall, mirándola asombrado.

—Un periodista. Un cronista de sucesos del *Mail*. Acostumbra a recoger sus informaciones a través de Scotland Yard. Allí, alguien le contó de tu historia. Y está muy interesado en el caso, por lo que parece.

—¿Quién es él?

—Un famoso columnista. Se llama Barry Floyd.

—He oído hablar de él. El teatro no es su especialidad.

—No. Lo es el crimen, ya te lo dije. La página de sucesos.

—¿Dónde le viste?

—Abajo, en el bar del teatro. Estuvo hablando con Seymour y con varios de la compañía. Yo me negué a concederle una entrevista. Creo que luego te la solicitará a ti. Desea una serie de reportajes en exclusiva, según parece.

—¿Sobre mí?

—Sobre ti y sobre tu problema —asintió la joven actriz, sentándose en un sofá del camerino, justo frente a Rodney—. ¿Es cierto lo que dicen? ¿Puedes «ver» crímenes a distancia, antes de que se cometan?

—No sé si antes o mientras se cometen. Pero se ha presentado dos veces la misma circunstancia. Estoy aterrado, Hill.

Hillary Vincent, la dama joven de la compañía, asintió con su cabeza dorada, de largos y suaves cabellos, auténtica representación material de la Ofelia soñada por el autor.

—Lo creo. ¿Nunca te había ocurrido antes?

—No, nunca.

—Es un caso tan raro...

—Mucho —miró a la joven—. ¿Crees de veras lo que digo?

—Claro. ¿Por qué no iba a creerlo?

—No sé. La policía parece dudar de mí. Un psiquiatra sugiere que soy o puedo ser un auténtico caso clínico, un ser de poderes más allá de lo normal.

—¿Y eso te preocupa?

—No quiero ser un fenómeno de barraca de feria, Hill. Sólo quiero ser quien soy, el que siempre he sido, y nada más.

—¿Y por qué no haces nada por conseguirlo?

—¿Yo? —se asombró Rodney—. ¿Qué puedo hacer, si es una cosa puramente subconsciente, un sueño repetido, una manifestación onírica?

—Tiene que ser algo más que un sueño. Nadie ve a través de sus pesadillas cómo se asesina a ciertas personas en un momento dado, con detalles completos. No tiene sentido.

—Claro que no lo tiene. Pero es lo que me está ocurriendo.

—He notado que en el ensayo estabas como ausente, Rod.

—¿No hay motivos para ello?

—No. No puedes hundir tu carrera porque seas objeto de un fenómeno más o menos raro. Yo que tú, lo que intentaría es lo que

te dije antes: descubrir lo que realmente sucede, olvidándote de policías y psiquiatras.

—¿Cómo podría hacerlo? —se quejó Rodney—. No sé ni por dónde empezar...

—Yo sí —le sugirió ella, risueña—. Me encantan los asuntos de la mente, los misterios que no tienen explicación fácil. Y soy también una devoradora de novelas policíacas.

—¿Y qué? ¿Eso puede servir de algo? —dudó el joven actor.

—Claro —afirmó la muchacha con entusiasmo—. Fíjate en tu situación actual, Rod. Se interesan por tu persona policías, médicos y hasta periodistas. Es la situación ideal para hacerte famoso. Y para que cuando salgas al escenario, el público se olvide de Seymour, de Hamlet, de Shakespeare y de todo lo que no sea tú presencia en escena.

—La verdad, no me gusta esa clase de fama. Quiero triunfar por mí mismo, como actor, no como monstruo de actualidad.

—Creo que los arbustos, Rod, no te permiten ver el bosque en esta ocasión —le reprochó Hillary con un suspiro.

—¿Árboles? ¿Bosque? ¿A qué te refieres? —Frunció el ceño Rodney.

—A algo muy sencillo: hay un asesino en Londres que, posiblemente, mató ya a dos personas. Tú, sin que sepamos la razón, puedes presenciar en sueños esos asesinatos. Siempre ves lo mismo: unas manos enguantadas, de cuero negro. ¿Es cierto?

—Cierto, sí.

—Imagina algo: un día puedes llegar a ver el rostro del asesino. Entonces, la policía podrá, gracias a ti, encontrar a ese criminal desconocido. Podrías evitar otras muertes, cooperar a que la ley cayera sobre él... Creo que lo que menos importa es saber el «por qué» de todo esto, y concentrarse en «cómo» utilizar tus raras facultades psíquicas, Rod.

—¿Me estás sugiriendo... que me convierta en el medio de descubrir y capturar a ese asesino? —preguntó Rod, asombrado.

—Eso es —afirmó Hillary con entusiasta entonación—. ¿No sería una magnífica aplicación de tus poderes? Luego, tal vez a lo largo del asunto, llegases a saber la causa que motiva ese fenómeno. Pero sin obsesionarte por él...

Rodney miró perplejo a la muchacha. De repente, aquella

chiquilla frágil y casi infantil, le daba la impresión de ser una persona madura, inteligente y llena de imaginación.

—Lo que estás diciendo no es ninguna tontería, Hill —confesó.

—Claro que no. Piensa que ya has «visto» dos asesinatos parecidos, cometidos en diversas zonas de Londres y sin aparente relación entre sí. Pero puede existir esa relación. Y hasta podría suceder que otras personas estuvieran amenazadas de muerte por ese mismo asesino. En ese caso, tú podrías evitar que hubiera nuevos asesinatos en el futuro...

Los ojos de Rodney brillaron. Iba a responder cuando sonó un timbre, y la voz del traspunte llamó desde el escenario:

—¡Todos a escena! Se reanuda el ensayo...

Rodney se puso en pie, así como Hillary, con su aire de dulce Ofelia vestida a la moda. Él tomó las manos de la muchacha entre las suyas. Apretó con fuerza y calor, dibujándose por vez primera en mucho tiempo una sonrisa animosa en su rostro.

—Me ha hecho mucho bien hablar contigo ahora —confesó—. Me has abierto nuevas e insospechadas posibilidades para extraer consecuencias positivas del fenómeno que me afecta. ¿Quieres almorzar conmigo luego, al término del ensayo?

—Por supuesto, Rod —asintió la joven, complacida—. Te esperaré en el bar del teatro para el final del ensayo...

El almuerzo había resultado muy agradable.

Abandonaron el pequeño restaurante del Soho y se pusieron a caminar sin prisas hacia Piccadilly, bajo un cielo ligeramente nublado. Corría un aire fresco y húmedo, y la joven pareja paseaba con sus manos hundidas en los bolsillos de sus gabardinas, rodeados por el denso tráfico londinense.

—He pensado mucho sobre lo que dijiste, Hill —habló Rodney tras un silencio.

—¿Y bien...?

—Creo que tienes razón. Valdría la pena utilizar con sentido positivo lo que me está ocurriendo últimamente.

—Me alegra que pienses así. ¿Has planeado ya algo concreto?

—No, todavía no. La verdad es que me he dedicado solamente a repasar mentalmente mis dos pesadillas anteriores. Quería saber si pude ver algo más que esas manos enguantadas que en ambas ocasiones capté en el escenario del crimen. Por desgracia no hubo

más. No vi otro rostro que el de la víctima en ambos casos.

—Lo suponía. ¿Te viste a ti mismo como dueño de esas manos asesinas?

—Cielos, no —casi se sobresaltó Rodney—. ¿Sugieres que yo...?

—No sugiero nada —le calmó suavemente Hillary, dirigiéndole una sonrisa—. Sólo quería saber si te veías en el sueño como protagonista o como simple espectador de los hechos.

—Espectador diría yo. Sí, seguro. Era testigo del crimen, pero nadie me veía en ninguna de ambas ocasiones. Ni la víctima ni el criminal. Es como si yo no estuviese allí para ellos.

—¿Ningún detalle sobre las ropas o algún otro detalle del criminal?

—No, creo que no... —meditó Rodney, pensativo. De pronto hizo un gesto—. No, espera. Creo... creo recordar algo. Es curioso...

—¿Qué es lo curioso? —Se detuvo Hillary, en una esquina donde un puesto de frutas frescas se enfrentaba a los escaparates sugerentes de una *sex-shop*.

—El calzado...

—¿Calzado? ¿Qué calzado? —se excitó la muchacha.

—El del asesino, naturalmente. Creo... creo que no era de un solo color. Era negro y *beige*... Sí, creo que sí. Negro y *beige*.

—Negro y *beige*... Extraña combinación de color. ¿Recuerdas la clase de calzado? ¿Zapatos, botas, botines...?

—No, no logro centrar la imagen. Tal vez botines, no sé. Solamente me ha venido a la memoria eso de los dos colores. Veía ese calzado y los guantes negros, el arma blanca en una mano...

—He obtenido los datos de esos dos hombres, las víctimas de los crímenes.

—¿Tú? —se asombró Rodney—. ¿Cómo lo hiciste?

—Repasé unos diarios en una hemeroteca esta mañana. Hay coincidencias curiosas entre ambos hombres.

—¿Qué clase de coincidencias?

—La edad, por ejemplo. Ambos tenían la misma edad: treinta y dos años. Y ambos eran solteros y se dedicaban a ocupaciones muy especiales, de tipo artístico, como eran la fotografía y la filmación cinematográfica y la pintura artística. Eso ya es algo, ¿no?

—Quizás. ¿Adónde crees que nos conduce?

—No lo sé. Sólo pienso que vale la pena conservar esos datos en

la memoria, por si acaso significan algo.

—Hill, eres una chica asombrosa —confesó Rodney—. ¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años —confesó ella, sonriendo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te comportas como una mujer de cuerpo entero.

—Soy una mujer —se sintió ofendida Hillary.

—De acuerdo, pero tu apariencia es la de una chiquilla, sin embargo, tienes una mente analítica, un espíritu deductivo asombroso.

—Tal vez porque desde los doce años leo novelas de misterio —rió Hillary—. Y porque siempre me apasionaron las cosas que no tienen fácil explicación. Tu caso puede resultar fascinante, Rod.

—Me gustaría pensar como tú. Yo empiezo a estar harto.

—Y, sin embargo, tal vez hayas sido una persona escogida, una excepción entre todos los millones que pueblan Londres. ¿Qué tal si hacemos una cosa esta tarde, después del ensayo?

—¿Qué?

—Visitar el escenario de los dos crímenes —sugirió inesperadamente la joven.

Rodney casi se sobresaltó. La miró asombrado.

—Hillary, ¿crees que debemos hacerlo? —murmuró el actor.

—¿Por qué no? Sólo si ves de verdad el lugar donde ocurrió todo eso, estarás seguro de si tu sueño ha sido tan fiel como crees o no. Quizás estando allí, algo nuevo acuda a tu mente.

—No sé si debemos, pero... —Rodney vaciló, para tomar luego repentinamente una decisión—. Sí, está bien. Ya que vamos a afrontar todo esto cara a cara y sin rodeos, haremos lo que dices. Primero iremos a Chelsea, a ver el lugar donde mataron a Basil Cassidy. Luego, iremos a ver al estudio del pintor Lamont... Está decidido, Hill.

CAPÍTULO III

La señora Pennington era una mujercilla pequeña, enjuta y de cabello canoso. Se mostró amable con ambos, aunque ligeramente sorprendida por su petición.

—¿De veras desean ver el apartamento del difunto señor Cassidy para arrendarlo? —se extrañó—. No es lo más adecuado para una joven pareja que busque vivienda, se lo aseguro. Si van a casarse, encontrarán sitios mucho más aceptables para ustedes dos. El señor Cassidy sólo utilizaba esto para su trabajo profesional. Ya saben, sus películas, el revelado y todo eso.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a afirmar Rodney Randall—. No es para nosotros, sino para un pariente mío que vendrá a nuestra boda y quiere quedarse cosa de dos o tres semanas en Londres.

—Ah, eso es diferente. De todos modos, suban conmigo. Les mostraré todo tal como quedó después de... de la desgraciada muerte del señor Cassidy Naturalmente, toda huella del horrible suceso ha quedado borrada convenientemente, síganme.

La siguieron escaleras arriba, hasta la segunda planta, donde la señora Pennington abrió la puerta con un manajo de llaves que llevaba consigo. Se hizo a un lado, tras encender las luces, puesto que estaba con las ventanas cerradas, y ambos penetraron en el apartamento, comenzando a recorrerlo. Fingían interés, pero lo cierto es que su indiferencia era total hasta hallarse en el cuarto que el difunto Cassidy utilizaba como laboratorio para sus tareas de revelado y demás procedimientos técnicos relacionados con su trabajo en la productora cinematográfica.

—Aquí es —dijo al fin la mujer, mostrando sin mucho entusiasmo la estancia—. Es un cuarto más adecuado para guardar cosas, ya que carece de ventanas. Pero él lo adecuó para laboratorio. Aún quedan muchas cosas suyas aquí. Si lo arriendan ustedes para su pariente, lo dejaré todo libre, no se preocupen.

Rodney entró en la estancia con una rara, indefinible sensación de cruzar una puerta fantástica, allá en el fondo de su cerebro, para enfrentarse a una zona desconocida del subconsciente donde tal vez reviviera, como en el horrible sueño, los acontecimientos de aquella noche.

Contempló, silencioso, la pileta ahora vacía, las películas aún colgadas de cordones de plástico para secarse una vez revelados, las botellas de ácidos y líquidos de revelar. Y la bombilla envuelta en celofán rojo, colgando del techo, como algo que no era la primera vez que lo veía.

El sueño...

Fue como viajar al recuerdo, a las profundidades de su mente, y ver allí la repetición de unas imágenes aterradoras. En los confines donde lo onírico y lo real se fundían en algo inconcreto, fantasmal, que no sabía si estaba ante mis ojos o ante mi cerebro obsesionado.

—¡Dios mío...! —se oyó musitar a sí mismo, casi como si fuese otra persona y no su propia boca la que modulara las palabras.

—¿Sí, Rod? —me apremió ella, apretando suavemente con los dedos su brazo derecho.

—No, nada —susurró, dominándose, la mirada fija en aquella cubeta de revelar en donde él había visto, en su sueño, tiras de celuloide perforado, bañado en el líquido revelador... y en sangre de Basil Cassidy también.

Hillary no le presionó más. La señora Pennington estaba muy cerca y no quería que advirtiese nada raro en su visita. Pero la joven actriz estuvo observando muy atenta la expresión de su amigo y compañero, tratando de leer en ella qué era lo que pasaba realmente por su cerebro en esos momentos.

Cuando salieron del piso, tras asegurar que volverían para concertar definitivamente el arrendamiento, si no encontraban algo mejor, Rodney respiró hondo, Hillary se colgó materialmente de su brazo.

—¿Y bien, Rod? —quiso saber.

—Era el mismo lugar —confesó él roncamente—. El mismo de mi sueño, en todos sus detalles. Esa cubeta de revelar, Hill... Ahora estaba vacía. Pero yo la vi entonces con algo rojo que goteaba en ella, hasta tornarla del color mismo de la sangre, mientras el cuerpo del fotógrafo caía hacia adelante, cosido a puñaladas por un largo

estilete...

—Entiendo —asintió ella, sombría la expresión—. ¿Recordaste algo más, algo en especial estando allí?

—No... no sé —musitó Rodney, confuso—. Tal vez, pero no lo recuerdo o no logro centrarlo en mi memoria. Tuve por un momento la rara impresión de que...

—¿De qué, Rod? —le apremió la joven.

—No sé —jadeó—. Era como si yo mismo, en persona y no en sueños, hubiera estado allí alguna vez antes de ahora. Sentí algo especial... pero no puedo saber qué fue. Pasó de largo por mi mente y se borró. Lo siento, Hill.

—No digas eso. Al menos, has venido. Has conocido un escenario de un crimen que tú creíste ver. ¿Quieres que repitamos la experiencia? Podríamos ir a ese estudio de Chelsea y...

—No, no —se apresuró a rechazar Rodney—. Ni pensarlo, Hill. Te lo ruego. No vayamos más a ninguna parte. Con eso he tenido suficiente.

Hillary le miró con cierta decepción, pero terminó asintiendo y haciendo un leve encogimiento de hombros.

—Como quieras —murmuró—. Era sólo una idea para ayudarte, Rod. Volvamos al teatro, si lo prefieres.

—Sí, volvamos. Será lo mejor.

Habían salido a la calle. Echaron a andar hacia la cercana parada de autobuses, dejando atrás la casa donde fuera asesinado Basil Cassidy días atrás.

Ninguno de ellos advirtió que un automóvil, aparcado no lejos de la esquina de aquel edificio, permanecía allí detenido, con su conductor al volante, la cabeza inclinada sobre el mismo.

La alzó al pasar los dos jóvenes actores cerca de él. Les siguió con la mirada, desde detrás de sus gafas de sol con cristales oscuros en los que se reflejaba la luz de la nublada tarde londinense.

Sobre el volante, se apoyaron con lentitud dos manos en piel negra. Un par de zapatos de color negro y *beige*, se apoyaban en el suelo del vehículo, junto al embrague y el acelerador.

El rostro hermético ni se alteró lo más mínimo mientras los ojos velados por las negras gafas solares seguían el alejamiento paulatino de la joven pareja.

Rodney e Hillary, bien ajenos a la observación de que eran

objeto, tomaron el rojo autobús de dos pisos, en dirección al centro de Londres.

Esa misma noche, Rodney Randall tuvo su tercer sueño de horror.

Fue terriblemente vivido. Y lo pudo vivir en toda su tremenda intensidad, paso a paso, momento a momento.

Se encontró de repente en un lugar poco frecuentado, oscuro y hasta sombrío. Una puerta con una vidriera semicircular en su parte superior, una escalera angosta, que él subía lentamente. Arriba, en la primera planta, una luz filtrándose por la rendija inferior de una puerta cerrada, haciendo destacar la pelusa de una gastada moqueta verde botella.

Avanzaba hacia la puerta insensiblemente, como guiado por algo o por alguien. No era dueño de sus actos ni de su voluntad. Hubiera querido retroceder, pero no podía.

La puerta comenzó a entreabrirse. Asomó al interior, siempre en movimiento, como el *travelling* hacia adelante de una cámara cinematográfica. Un recibidor, un pasillo largo, con algunas puertas a los lados... Finalmente, otra puerta, sólo entornada al fondo de ese corredor.

Pasó por ella. Y se encontró en una estancia más bien mísera, con muebles viejos y objetos descascarillados por el uso y el maltrato. Una ventana estaba abierta, allá al fondo de la estancia, y una musiquilla peculiar llegó hasta él. Era la de un organillo callejero, de los que ya pocos se podían escuchar en los viejos barrios londinenses, manejados por algún vagabundo que pidiera limosna.

En la habitación había un hombre. Un hombre que ni siquiera le miró, como si él no existiera, como si nadie hubiera entrado allí. Miraba hacia otro punto de la habitación y decía algo. Algo que casi no podía oír, como si estuviera presenciando una película y el sonido se hubiera desajustado.

Aun así, pudo captar algunas palabras sueltas, incoherentes, confusas y que no le dijeron nada en absoluto:

—Regis... Obuango... La colina... Zambele... Seis tigres...

Hablaba con alguien. Alguien a quien Rodney no podía ver, porque quedaba fuera de su ángulo visual. Siguiendo con aquella serie de símiles cinematográficos, se hubiera podido decir que quedaba «fuera de cuadro».

De repente, el hombre comenzó a retroceder. Era alto, flaco, de cabellos muy rubios y lacios, casi albinos, salpicados ahora por algunas canas. Su tez tenía un tono bronceado, curtido, como si hubiera pasado mucho tiempo al aire libre. Vestía muy pobremente. Ropas viejas y muy lavadas.

Estaba asustado. Miraba con terror hacia la persona a quien había hablado. Rodney descubrió algo entonces. Algo que le llenó de pavor también a él.

Las manos.

Las manos enguantadas de negro. Habían aparecido. Sólo las manos, delante mismo del hombre rubio. El resto de la figura humana era algo borroso, indefinible. En la mano esgrimía un afilado cuchillo del tipo parecido a los machetes. Hoja ancha, gruesa, de doble filo y estría central. No era un vulgar cuchillo ni una daga, como en las dos ocasiones anteriores.

El machete alcanzó al hombre rubio. Éste emitió un grito ronco, de horror. Le habían asestado el machetazo en pleno pecho. Cuando intentó chillar, en demanda de auxilio, dirigiéndose a la ventana abierta, su agresor le alcanzó con el arma ya ensangrentada en el cuello. El tajo fue brutal. La sangre brotó tumultuosa, y la voz se ahogó en un río sanguinolento en su garganta destrozada.

Cayó hacia adelante, se quiso aferrar a la raída cortina de la ventana, y la arrastró consigo al caer de rodillas, dejando un reguero de sangre en la pared. Su agresor, implacable, le clavó esta vez el machetazo en la espalda. El infortunado se abrió de brazos, como si lo crucificasen, exhaló otro vómito rojo y se desplomó al pie de la ventana, sacudido por los espasmos de la muerte.

Rodney asistía a todo ello como paralizado. No le era posible gritar, moverse, intentar algo por evitar lo inevitable. Era un simple testigo silencioso e inmóvil.

El asesino dejó de aparecer en imagen, como si se ausentara. Borrosamente, Rodney descubrió sus pasos, alejándose hacia la puerta. Un calzado negro y *beige*...

Se movió de nuevo, como algo torpe y vacilante. Llegó junto al herido, que ya no se movía, y yacía sobre un enorme charco de sangre. Como buscando algo de aire para respirar, Rodney se asomó a la ventana.

Pudo ver una calle oscura, algunas farolas de alumbrado

callejero. Y una esquina, frente a la casa, con un rótulo: Brook Street, Lambeth.

Borrosamente, la casa de enfrente mostraba un número sobre la pared de ladrillos rojos, encima de una tienda cerrada. Intentó ver mejor. Y captó el número.

Era el veintidós. Los dos doses ahora resultaban nítidos a sus ojos.

Retrocedió tambaleante, inseguro. Fijó de nuevo sus ojos en aquel enorme reguero rojo que corría por la habitación a sus pies...

Y se despertó.

Tuvo que tomar un largo trago de agua. Le temblaba la mano.

Aun así no se calmó. Estaba empapado en sudor, se sentía excitado. Saltó de la cama y fue a encender un cigarrillo. Nerviosamente, paseó por la habitación del hotel. Estuvo tentado de pedir que le subieran un café o una copa de *brandy*, pero renunció a ello.

Tomó una decisión. Fue hacia el armario y comenzó a vestirse.

Eran las dos menos veinte de la mañana. Una hora muy poco adecuada para levantarse de la cama, pero sabía que no hubiera podido conciliar el sueño de nuevo. No ahora.

Descolgó el teléfono para llamar a la policía, una vez abotonada su camisa. Se quedó inmóvil, con el aparato en la mano. Una voz le interpeló, soñolienta:

—¿Dígame? ¿Dígame, señor?

Colgó de nuevo. No. No iba a llamar a nadie. Esta vez, no.

Ya estaba vestido. Salió de la habitación, descendiendo con rapidez al vestíbulo. El conserje le miró con cierta sorpresa. Rodney dejó su llave en el mostrador y anunció:

—Vuelvo enseguida.

Salió a la calle. Detuvo un taxi. Le dio una dirección, con voz ronca:

—Brook Street, en Lambeth, por favor. Número veintidós.

El taxista asintió, iniciando la carrera. Rodney miró la ciudad a través de la ventanilla. Calles silenciosas a aquellas horas. Algunas brillaban como charoladas, por el riego nocturno. Transitaban escasos vehículos y casi ningún peatón.

Cruzaron Westminter, hasta Lambeth Bridge, y cruzaron el puente, para alcanzar el distrito de Lambeth, al otro lado del río. No

fue difícil dar con la calle Brook. Se iniciaba en Kennington Road, a espaldas del Geraldine Mary Harmsworth Park, y un par de hospitales, un colegio y unos rectangulares jardines, se hallaban ubicados en la zona.

Antes de llegar al All Saints Hospital, el taxista escudriñó los muros de oscuros ladrillos a ambos lados, y se detuvo, anunciando:

—Ése es el número veintidós, señor.

Rodney Randall miró por la ventanilla hacia el exterior. Se estremeció.

Era el mismo lugar. El mismo de sus sueños. La tienda cerrada, la farola de alumbrado, el rótulo con el nombre de la calle... y el número veintidós sobre los ladrillos rojos del edificio.

Casi aterrado, miró por la otra ventanilla. Sus ojos se clavaron en un edificio también de ladrillo, de tres plantas. Puerta con una vidriera semicircular arriba. Una ventana encendida en la primera planta...

Temblaba su mano al entregar el dinero al taxista. Éste lo observó, y le miró preocupado.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó.

—Sí, claro que sí —afirmó rápido Rodney—. Me encuentro perfectamente, no se preocupe, amigo.

Pero no lo parecía. El taxista tuvo que avisarle, cuando ya se alejaba del coche:

—Eh, espere un momento. Su cambio, señor...

—Sí, gracias, lo olvidaba.

Recogió el cambio del billete de cinco libras. El taxista aparecía ya profundamente intrigado. La suma era lo bastante importante como para no olvidar fácilmente el cambio. Recogió la propina, le dio las gracias, y se alejó, no sin dejar de observarle por el retrovisor.

Rodney llegó ante la casa situada frente al número veintidós. La miró, como fascinado. En especial, aquella ventana iluminada de la primera planta...

Probó la puerta. Ésta cedió, como si alguien la hubiera dejado abierta. Asomó, sintiendo que su corazón palpitaba con fuerza. Contempló la escalera, estrecha y empinada. Comenzó a subirla. Caminaba como sonámbulo. Igual que en el sueño.

La moqueta era verde botella, y aparecía raída en la planta alta.

Clavó sus ojos en una puerta determinada. Se movió hacia ella. Cuando giró el pomo y la empujó, no se sorprendió siquiera de que la entrada cediese así, tan fácilmente.

El recibidor. El pasillo. Todo idéntico. Como si el sueño se materializase. O como si estuviera soñando otra vez...

Pero esta vez no soñaba. Sabía que estaba allí y que todo era real. Avanzó hasta la puerta del fondo, que aparecía entreabierta. Había luz en el interior.

Cuando abrió del todo aquella puerta y entró en la habitación, nada pudo ya sorprenderle, porque algo le decía que era esto, precisamente, lo que iba a encontrarse en aquel lugar.

La ventana abierta, la cortina abatida, el gran charco de sangre... Y encima de él un hombre inmóvil. Alto, flaco, de tez bronceada, que ahora agrisaba la muerte. De cabellos lacios, muy rubios, casi albinos, con salpicaduras de canas.

Todavía era perfectamente visible la terrorífica cuchillada final del asesino en su espalda, bañando en rojo su ajada pero limpia camisa...

—Dios mío —murmuró Rodney, aterrado—. Lo mismo. Todo lo mismo. Lo soñé... y, sin embargo, no era un sueño. No, no lo era...

Permaneció unos momentos contemplando todo aquello que ya había visto en su pesadilla, increíblemente real, increíblemente exacto en sus más mínimos detalles. Sólo que el crimen ya se había cometido. Y que el asesino no estaba ya allí.

Abatido, demudado, dio media vuelta, encaminándose a la salida. Antes, echó una ojeada a una chaqueta también raída, que colgaba de una silla. Sin saber la razón, revisó sus bolsillos. Encontró una cartera y hurgó en ella. El pobre diablo apenas si tenía diez libras en total. Debía de ser toda su fortuna. Encontró fotografías viejas, de color amarillento o sepia por el tiempo. Las revisó deprisa, casi indiferente, hasta detenerse en una concreta, que contempló con asombro.

En ella había seis hombres. Seis hombres agrupados, cogiéndose por los hombros unos a otros. Vestían de campaña, indumentaria militar, con uniformes manchados, apropiados para camuflarse. Parecían estar en un sitio tropical y selvático. Su uniforme le resultó inidentificable. Debajo de cada uno de ellos se había escrito con tinta un nombre de pila. El sexto estaba borrado totalmente. Y el

rostro del soldado a quien correspondía aparecía también borrado y desgarrado a punta de bolígrafo, hasta resultar del todo irreconocible.

Leyó los cinco nombres que aún permanecían intactos en el margen blanco inferior de la amarillenta fotografía:

BASIL - JOHN - EDGAR - BRIAN - DEREK.

No era posible leer el último nombre en modo alguno. Parte de la superficie de la fotografía se había desgarrado, en el afán de borrarlo de allí, igual que su rostro.

Guiado por un presentimiento, Rodney buscó la tarjeta de identificación del recién asesinado. Halló su tarjeta de la Seguridad Social. Y leyó el nombre:

EDGAR McCARRAN.

Guardó la fotografía en su chaqueta, sin saber la razón de por qué lo hacía, y se encaminó a la salida.

Abrió la puerta, salió al corredor de la primera planta. Cuando iba a bajar la angosta escalera, se paró en seco.

Con ojos de asombro, se quedó mirando a los que subían a su encuentro, imposibilitándole de abandonar la casa.

Era un grupo de policías, con el superintendente O'Hara a la cabeza.

—Vaya sorpresa, señor Randall —dijo con sarcasmo el funcionario de Scotland Yard al reconocerle—. Parece que tenía prisa por abandonar esta casa, ¿no? Es un sitio raro para que un joven actor shakespeariano ande por aquí a tales horas de la mañana. Si encuentro ahí un cadáver, como imagino, voy a tener que arrestarle bajo sospecha de asesinato, ¿lo sabía?

CAPÍTULO IV

Hillary Vincent, pálida y modosa, entró con suaves pisadas en New Scotland Yard, mirando a uno y otro lado con cierto sobresalto. Un agente de uniforme, la indicó, cortés:

—Puede sentarse, señorita. La atenderán enseguida.

Hillary asintió, acomodándose en el filo de una silla. Miró pensativa los estantes repletos de documentos, los modernos archivadores de metal y las ventanas asomadas a la vecindad del Támesis.

No tardó en aparecer el superintendente O'Hara, escoltado por un inspector del Yard. Ambos se detuvieron ante la muchacha, sorprendidos por su juventud y su dulce belleza casi espiritual.

—¿La señorita Hillary Vincent? —preguntó el superintendente.

—Sí, señor —afirmó ella—. Soy compañera de trabajo de Rodney Randall, señor.

—Superintendente O'Hara —se presentó el policía—. Y mi compañero, el inspector de Homicidios Fenwick.

—Celebro conocerles, aunque no en estas circunstancias —dijo la joven.

—Lo comprendo, señorita Vincent. El señor Randall no debió insistir en que la informaran a usted de su arresto.

—¿Por qué no? —objetó ella ingenuamente—. Somos amigos. Deseo ayudarle.

—¿Ayudarle dice? Va a ser bastante difícil, señorita. Está metido en un buen lío.

—No importa en lo que esté metido. Sea lo que sea ello, es inocente, estoy segura.

—Admirable fe la suya. Tal vez no sepa que se trata nada menos que del asesino de un hombre.

—Lo imaginaba. Debíó soñar otra vez Y quiso comprobar por sí mismo si el sueño era real o no.

—¿Cómo supo eso? —Se irritó O'Hara—. ¿Se lo dijo él?

—No, no. No he hablado con Rod... bueno, con Rodney Randall, desde esta tarde a las seis. De eso hace casi doce horas, superintendente. Pero es fácil imaginar lo sucedido.

—A mí no me parece nada fácil —resopló O'Hara—. Hasta ahora, ese joven nos presentaba una increíble historia sobre sueños premonitorios de rara fidelidad a la vida real, pero ahora es distinto. Fue sorprendido intentando abandonar un edificio de Lambeth donde habían asesinado a un hombre a cuchilladas. Con un machete, según dice él. Y el forense parece confirmar la especie.

—¿Cuándo mataron a ese hombre?

—Aproximadamente entre doce y media y dos de la madrugada. ¿Por qué lo pregunta, señorita? ¿Acaso tiene alguna coartada para el joven Randall? Si pretende ayudarle encubriéndole de alguna forma, le advierto del peligro que para usted suponía cualquier colaboración con un sospechoso de homicidio y las...

—Por favor, superintendente, nada de eso. Me gustaría tener una coartada para Rodney aunque fuese a costa de haber estado con él a esas horas —enrojeció levemente, al pensar en lo que sus palabras sugerían, pero prosiguió valerosa—: Sólo quería saber la hora de ese crimen y la hora en que él fue arrestado...

—Le capturamos en Lambeth a eso de las dos y algunos minutos. Tal vez se entretuvo en la escena del crimen, o deambuló por los alrededores antes de volver, no lo sabemos exactamente. Pero lo cierto es que venía de la misma escena del crimen. Tenía huellas de sangre en su calzada.

—¿Va a acusarle formalmente de asesinato, señor?

—No lo sé aún. Él insiste en su eterna historia del sueño y todo eso. He llamado a un amigo psiquiatra, que ya le atendió una vez: el doctor Gridley examinará a su joven amigo para ver si su estado mental no se ha alterado últimamente.

—Rod no ha podido hacer nada. Está tan asustado con todo lo que le ocurre, que vive obsesionado con la idea de esas pesadillas, imagine lo que es volver a soñar con algo así.

—Pero esta vez su sueño fue más concreto. Vio la calle y el número del lugar donde sucedía. Por eso dice que acudió a comprobarlo. Debió llamarnos a nosotros si realmente es ajeno a todo eso, y darnos los informes para que acudiéramos.

—¿Le hubieran creído?

—Se hubiese comprobado por simple rutina. Y si era cierto, se tomaría ya seriamente en consideración todo lo relativo a esos sueños suyos. Pero obrando de esta manera no ha hecho sino complicar las cosas. No puedo fiarme de que sea inocente. La explicación más lógica es que acudiera allí a matar a ese hombre por la razón que fuese. Y que el resto no sea sino imaginación de actor. Es posible que esté representado el gran papel de su vida, sin escenario ni público.

—Yo estoy segura que no, señor. ¿Podría... verle un momento?

—Claro. Inspector, ocúpese de que la señorita pueda estar un rato con el detenido. No más de diez minutos, señorita Vincent. Y si conoce a algún abogado para él, lo mejor que podría hacer es avisarle para que se ocupe de su defensa.

Hillary no dijo nada. Esperó a que el inspector Fenwick la pidiera que fuese con él, hasta una puerta donde un agente de uniforme les franqueó el paso a una habitación desnuda, con una ventana enrejada. La muchacha se estremeció, sentándose ante una mesa, al otro lado de donde se hallaba acomodado un Rodney Randall demacrado, despeinado y triste. Se animó algo al verla a ella.

—Hillary... —murmuró—. Perdona que te llamara. No pensé en nadie más a quien conociera lo suficiente en esta ciudad... Me sentí solo, aturdido...

—Lo sé —sonrió ella, apretando sus manos con calor entre las propias—. Sólo tenemos diez minutos para hablar. Me alegra que pensaras en mí para ayudarte. Lo voy a intentar.

—Me acusan de asesinato. Dicen que yo maté a ese hombre, a Edgar McCarran... —susurró Rodney en voz baja, para no ser oído por el agente que montaba guardia en la entrada.

—Sí, me lo han contado. ¿Sabes quién era él?

—No, en absoluto. Pero tuve de nuevo ese sueño, vi el crimen con mayor nitidez que nunca. El asesino lleva zapatos negro y *beige*, era cierto. Pero no vi nada más de él, salvo sus guantes negros. Utilizó un machete, eso sí. Daba la impresión de que el hombre asesinado le conocía... y le temía. Dios mío, Hill, ¿qué me está ocurriendo? Voy a volverme loco...

—Serénate. Tratemos todo esto con calma. Me han dicho que el

hombre se llamaba Edgar McCarran...

—Es cierto. Vi su documento de identidad. Parecía vivir pobremente, con dificultades. Es como una lista de víctimas, Hill.

—¿Una lista? —Ella enarcó las cejas—. ¿Qué quieres decir?

—Verás... Me han quitado una fotografía que encontré entre las cosas de McCarran. Eso me compromete aún más.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque me pareció importante. Había seis hombres fotografiados en ella. Con sus nombres bajo cada uno de ellos, escrito a tinta en el margen blanco de la foto. Los nombres eran cinco: Basil, John, Edgar, Brian y Derek. Por este orden. Recuerda a las víctimas hasta ahora, por su orden: Basil Cassidy, John Lamont, Edgar McCarran... Coincide, ¿no?

—Así es. ¿Y el sexto nombre? Sólo has citado cinco...

—Es lo raro. Borraron su rostro y su nombre brutalmente, desgarrando la fotografía con un bolígrafo. Es imposible leer o identificar nada.

—Extraño, sí. ¿Cómo era esa fotografía?

—De esas que se hacen durante el servicio militar. Pero ellos parecían mayores para tal servicio. Vestían de campaña, en un lugar selvático. Reconocí a uno de ellos fácilmente, al propio McCarran, porque era albino. Se trata de ellos, por tanto. Alguien los está matando uno a uno, siguiendo el mismo orden de la fotografía.

—¿El sexto hombre, tal vez?

—Tal vez —musitó Rodney—. Ya he pensado en ello. Ahora esa foto está en manos del superintendente. Dice que yo pude guardarla e ir matando a cada uno del grupo. Todo depende de que puedan relacionarme de alguna forma con ellos, cosa harto improbable.

—Dios mío, Rod, tengo que sacarte de aquí de alguna forma...

—Como no lo consiga un abogado... Pero si me acusan de asesinato en primer grado no habrá libertad condicional, eso seguro. Es enloquecedor, Hill. ¿Por qué diablos tuve yo que abandonar el hotel al despertar de ese sueño e irme a ver si era cierto lo que había visto en mi pesadilla?

—Es lo natural. Yo también hubiera obrado así. Una cosa, Rod: ¿te vio alguien salir del hotel?

—Sí, el conserje de noche. Le di la llave. Y el taxista que me llevó desde la puerta del hotel a Lambeth. Tienen que recordar que

a esa hora estaba yo muy lejos del escenario del crimen...

—Me ocuparé de eso, no temas. Con esos dos testimonios, tendrán que retirar su acusación. Pero estoy segura de que seguirán sospechando de ti.

—¿Y cómo evitarlo?

—Ciertamente. ¿Cómo evitarlo? Si supiéramos por qué te ocurre todo eso... ¿No hubo nada nuevo en tu sueño, ninguna otra cosa reveladora que pudiera ayudarnos a encontrar una clave de todo lo que sucede?

—No, me temo que no. No vi al asesino, si te refieres a eso. Ni podría identificarlo en modo alguno. Aunque...

—¿Qué? —Los ojos claros y bellos de Hillary brillaron—. Aunque ¿qué, Rod?

—Sí, hubo algo. Unas palabras...

—¿Palabras? ¿De quién?

—De la víctima. Antes de morir... McCarran dijo algo. Hablaba con su asesino. Yo no podía oírle apenas. Era como si el resto de las palabras sólo fueran moduladas por los labios, sin sonido alguno. Llegaron hasta mí solo unas pocas, y aisladas.

—¿Qué decía?

—No tiene sentido. Cosas inconscientes, Hill. Deja que recuerde. Habló de... Sí, sí... Dijo primero «Regis».

—¿Regis?

—No significa nada, lo sé. Pero lo dijo, seguro: «Regis... Obuango... la colina... Zambela... Seis tigres...». Y nada más. Eso fue todo lo que oí.

—«Regis, Obuango, la colina, Zambela, seis tigres» —repitió Hillary, lentamente.

—Eso es —sonrió amargamente Rod—. No dicen mucho, ¿verdad?

—No, no mucho. Pero esos dos nombres... Obuango y Zambela suenan a africano.

—Sí, es posible. Sólo que no tienen sentido. Ningún país se llama así... Ni ninguna ciudad, que yo sepa.

—África es muy grande, Rod. Y muchos nombres de su geografía son nuevos, resultado de guerras civiles, independencias y revoluciones. Anotaré cuánto dices. Conozco a un viejo profesor que puede ayudarme en esto.

—Hill, no tienes por qué preocuparte tanto por mí. Dile a Seymour lo que sucede. Que busque sustituto para el Horacio de pasado mañana por la noche.

—Todavía no estás encarcelado, Rod. Y espero que no lo estés. Pasado mañana tú saldrás a escena en *Hamlet*, estoy segura. Ten confianza.

—La tengo. Pero empiezo a sentirme como prisionero en una tela de araña que ni siquiera sé quién ha tejido.

—Ahí está la clave: una tela de araña. Tal vez alguien la está tejiendo en torno tuyo intencionadamente, Rod.

—Pero si los sueños son míos, nadie me dice nada de esos crímenes...

—De acuerdo. Pero ¿quién informó entonces a la policía de que se había cometido un crimen en ese edificio? Tuvo que ser alguien que sabía que tú ibas a acudir al escenario del suceso esa misma noche...

—Según el superintendente O'Hara, fue una llamada anónima a la centralita. La voz de un hombre dijo que había un hombre asesinado en Brook Street, en Lambeth, y dio la dirección, colgando después. Eso fue todo, según él.

—Eso es —suspiró Hillary, con ojos brillantes de excitación—. La tela de araña, Rod. Tratan de envolverte en ella, y casi lo han conseguido.

—Yo diría que del todo —gimió el joven actor, señalando las cejas de aquella habitación.

El policía de guardia se miró el reloj.

—Lo siento —dijo—. Es su tiempo, señorita. Deben despedirse ya.

Hillary y Rodney se miraron a los ojos. Ella le sonrió, apretando sus manos.

—Ten fe, como yo la tengo en ti —murmuró—. Saldrás de ésta. Y trataremos de resolver el problema del único modo posible: encontrando al auténtico asesino que está siguiendo esa macabra lista de víctimas de la fotografía...

El doctor Gridley movió la cabeza con aire dubitativo, sentado frente al superintendente O'Hara y la joven Hillary.

—No sé qué decirles —confesó—. Es un caso sumamente complejo.

—¿En qué sentido exactamente, doctor? —quiso saber Hillary—. Para mí, mi compañero Rod es un hombre perfectamente normal.

El psiquiatra miró a la joven con expresión casi cordial. Sonrió, afirmando con la cabeza.

—Sí, yo diría que es normal. Pero...

—Pero ¿qué? —quiso saber, casi abrupto, el policía.

—Esos sueños me desconciertan. Son demasiado completos. Casi una reproducción exacta de la realidad. Es como si estuviera presente en los hechos. Pero la señorita Vincent acaba de probarnos que su detenido no pudo estar en Lambeth a la hora del crimen, puesto que dormía en su habitación y le dio la llave al conserje de noche de su hotel, justamente a las dos menos diez de la madrugada. A esa misma hora, tomó un taxi que hemos localizado, y que hizo el viaje desde el hotel a Lambeth.

—¿Entonces...?

—No sé qué decirle, O'Hara. Como médico, como psiquiatra y hasta como aficionado a la parapsicología, estoy desconcertado del todo. Nunca vi un caso más claro ni menos comprensible de clarividencia, de premonición onírica, rayana en lo imposible.

—¿El fenómeno no es posible explicarlo mediante factores extrasensoriales? —indagó Hillary, curiosa.

—Sólo así es admisible, señorita —sonrió el psiquiatra—. Pero es el primer caso que veo en mi vida con tales características, lo confieso. Ese joven es perfectamente normal en apariencia, si bien el superintendente parece haber hallado en su origen familiar ciertos posibles elementos que expliquen una hipersensibilidad de su joven amigo a ciertas cosas.

—¿A qué se refiere?

—A la familia Kellaway. Sepa que Rodney Randall se llama realmente Rodney Kellaway y es hijo del famoso actor Desmond Kellaway.

—Oh, eso nunca me lo dijo... —se sorprendió ella—. Desmond Kellaway fue el más grande actor shakespeariano de la época moderna...

—Así es. Él no quiso vivir de rentas familiares y ser otro Kellaway. Eso es muy honesto por su parte. Por eso se puso Randall. Pero Desmond Kellaway fue algo más que un gran actor de clásico. Fue un alcohólico sempiterno, y murió por ello.

—Dios mío...

—En cuanto a su madre, Margaret Kellaway, también actriz, sufrió esa dura vida junto a un divo alcoholizado, y le sobrevivió muy poco, a causa de una dolencia cardíaca que él parece ser que le provocó con su comportamiento difícil y algo violento.

—No sabía nada de eso —musitó Hillary.

—Lo hemos averiguado al investigar a los Kellaway —explicó O'Hara apaciblemente—. Rodney no fue el único hijo de ese desgraciado matrimonio. Tuvo dos hijos.

—¿Dos?

—Así es —asintió O'Hara—. Elmer y Rodney Kellaway. Pero Elmer parece ser que no siguió la carrera artística como su hermano. Hemos encontrado su certificado de defunción y su tumba, en Glasgow. Falleció hace siete años, cuando contaba solamente veinte años recién cumplidos. Sólo hemos sabido de él que era técnico en electrónica. Una vida oscura, oscuramente terminada a causa de un tumor cerebral.

—Tumor cerebral... —se alarmó Hillary—. No estarán pensando...

—¿En una dolencia cerebral de su hermano vivo, Rodney? —sonrió el médico ahora, meneando negativamente su cabeza—. No, querida amiga, no. Poseo una serie de radiografías y electroencefalogramas de ese joven, y en ninguno se detecta presencia de mal alguno de ese tipo, se lo aseguro.

—¿Entonces...?

—Lo mencionaba a título de referencia —terció O'Hara—. Sin duda tuvo una infancia difícil. Pero no habla de ella. No la recuerda. No cree haber pasado malos momentos. Ignoro si pretende olvidarlo o realmente no tuvo problemas infantiles. Pero dados los antecedentes paternos... no sé. Es una incógnita su pasado.

—¿Y eso pudo influir en sus pesadillas clarividentes de ahora? —dudó Hillary.

—No podemos saberlo. Estamos intentando investigar la personalidad real de ese muchacho, por si en ella está la clave de esas raras facultades suyas... suponiendo que sean tales facultades, y no un reflejo de sí mismo, en forma subconsciente.

Hillary enarcó sus cejas. Miró con frialdad al médico.

—Eso creo que sugiere algo horrible —murmuró—. Están sospechando que Rodney es el que, realmente, asesina a esas personas.

—Lo siento. Esa posibilidad no puede descartarse en ningún caso —suspiró el policía.

—¿Ni siquiera sabiendo que Rod estaba en su hotel a la hora del tercer crimen?

—Sólo sabemos que estaba en el vestíbulo, entregando la llave de su habitación al conserje a la hora aproximada del crimen —rectificó suavemente O'Hara—. Podría salir de su dormitorio realmente, tras la pesadilla... o haber salido de forma que no fuera visto del hotel, regresar al mismo llevar a cabo esa farsa. Es un actor. El hombre que puede interpretar a Shakespeare en el escenario, creo que bien puede llevar a cabo esa pequeña interpretación, usted como actriz debe saberlo.

—Lo sé. Pero dudo que ésa sea la verdad. Y dice la Ley que mientras exista una sola duda razonable, nadie puede ser considerado culpable de delito alguno...

—Así es —sonrió el superintendente—. Usted es una jovencita muy inteligente, lo admito. No considero culpable a su amigo, sino simplemente sospechoso.

—¿Y sólo por sospechas va a encarcelarlo?

—No he dicho que vaya a encarcelarle.

—De vacaciones, no parece que esté. Y pasado mañana tiene que actuar en el Old Vic, representando un importante papel en *Hamlet*.

—*Hamlet*... —repitió somnoliento el doctor Gridley—. Ah, qué recuerdos... Si puedo, asistiré. ¿Qué papel representa su amigo?

—Horacio.

—Ah, el fiel Horacio... Lloro al príncipe cuando su afán de venganza le lleva a la muerte y Fortimbrás es nombrado Rey de Polonia... —evocó el psiquiatra, casi soñador—. Un joven príncipe presa de su sed de venganza que le pide el espíritu de su padre, el Rey asesinado por su propio hermano, luego marido de su viuda...

—Venganza... —repitió repentinamente Hillary, irguiéndose en su asiento—. Venganza... ¿de qué?

—Temo no entenderla —enarcó sus cejas el médico—. Hamlet se venga de la muerte de su amado padre... y luego por la muerte de Ofelia, que su propio odio provoca... Usted, imagino, será la dulce

Ofelia...

—Acertó. Pero no hablaba de Hamlet ahora, doctor —Hillary parecía excitada. Se volvió al superintendente—. Rod me ha dicho que usted se apoderó de cierta fotografía que él halló entre los documentos de la última víctima...

—Oh, sí. Una vieja foto con una serie de nombres escritos al pie...

—Cinco nombres, superintendente —recordó ella—. Y seis personas fotografiadas. ¿Podría verla?

—Claro —asintió, abriendo un cajón de su mesa—. Está aquí, con todas las cosas propiedad de Edgar McCarran... ¿Por qué le interesa tanto?

—Creo que tal vez se lo diga en breve, superintendente —dijo ella con voz apagada, tomando la cartulina apaisada en su mano.

Examinó a los seis soldados. Cinco rostros y uno borrado. Cinco nombres y otro borrado. Recitó en voz alta:

—Basil Cassidy, John Lamont, Edgar McCarran. Van tres. Faltan dos: Brian y Derek. Y, finalmente, tenemos a Equis. ¿Quién es «Equis», señor O'Hara?

—No lo sé. Pero le advierto que su teoría carece de sentido. Debe tratarse de una coincidencia. No pueden ser los mismos.

—¿Por qué no? Sus nombres de pila coinciden.

—Pero sus edades, no —negó el policía—. Cassidy tenía treinta y cinco años, Lamont cuarenta, McCarran casi cincuenta. No pudieron coincidir en ninguna labor militar, como camaradas.

—Pues para ser casualidad, es excesiva —comentó Hillary, tendiendo la fotografía al doctor Gridley—. Basil, John, Edgar... El mismo orden. Como si el asesino fuera tomando a sus víctimas de esa hilera. Rodney dice que Edgar McCarran es el tercero de la fila.

—Sí, eso es cierto.

—¿Y los demás?

—No sé. Es una mala fotografía. La enviaré al laboratorio, por si pueden conseguir algo con la cara y el nombre borrados del sexto personaje. Pero será preciso saber qué relación tiene esa simple foto con los crímenes, si es que la tiene, para que lo que el laboratorio pueda encontrar en ella tenga algún sentido.

—¿Sabe qué profesión era la de Edgar McCarran? —se interesó Hillary de pronto.

—Sí —afirmó O'Hara con extrañeza, mirando a la joven actriz, sorprendido—. Acabo de saberlo esta misma mañana. Había sido deportista. Campeón de tiro al blanco de pistola y rifle, campeón olímpico por cierto en ambas especialidades. Al retirarse de su vida deportiva, tuvo varias clases de ocupaciones: guardaespaldas profesional, cazador en safaris y cosas así.

—Ya. Una vida aventurera donde las haya —comentó el doctor Gridley.

—Las profesiones de las víctimas tienen poco en común entre sí: pintura, cine, deporte y caza mayor... —Hillary se encogió de hombros—. Distintas edades... y, sin embargo, todos juntos de soldados en alguna parte. No lo entiendo.

—Yo tampoco —suspiró el policía—. ¿Por qué le da tanta importancia a esta vieja foto? Al menos tiene diez años de antigüedad...

—Es instinto, superintendente. Algo me dice que esa fotografía es la clave de todo.

—Lo dudo mucho —rezongó O'Hara—. Pero de todos modos, el laboratorio nos dirá mañana si hay algo aprovechable en ella. Haré que realicen ampliaciones de todo tipo y que los procedimientos más modernos se utilicen en el intento de obtener el nombre y rostro del último fotografiado, así como cualquier posible dato que nos dé la relación inexplicable de estos hombres, a edades tan distintas y lo que parece una típica fotografía de campaña.

—Señorita Vincent, es usted una criatura muy peculiar —dijo de repente el doctor Gridley.

—¿Sí? ¿Por qué lo dice? —Los ojos de ella se volvieron vivamente hacia el psiquiatra.

—Oh, porque la estoy observando desde que me ha sido presentada. Tiene una mente analítica realmente poco habitual en una muchacha de su edad. Sabe deducir, tomar nota de los más pequeños detalles... En suma, es una auténtica inteligencia natural.

—Muy amable. Pero sólo trato de entender lo que sucede, de ayudar a un amigo en apuros. Sé que tiene que tener una explicación todo esto. Y estoy buscándola, cueste lo que cueste, mientras él está forzosamente incapacitado en las dependencias de Scotland Yard.

—Por eso no se preocupe, hija —suspiró el superintendente

O'Hara—. Voy a ordenar su inmediata puesta en libertad.

—¿Qué? —Casi saltó de su asiento la joven actriz.

—Lo que le he dicho. El doctor Gridley opina que no hay indicios de anormalidad peligrosa en Rodney Randall. Y tampoco creo que sea un asesino frío y despiadado, como se ha mostrado el autor de esas muertes. De modo que, momentáneamente, y aunque siga siendo para nosotros un sospechoso en potencia, no hay motivo concreto para tenerlo retenido aquí, ni para que precise recurrir de momento a un abogado que le saque con un truco legal.

—¿Puede, entonces, volver conmigo ahora al teatro? —demandó la joven, esperanzada—. Hoy hay ensayo, que ha debido de iniciarse ya...

—Está bien. Podrán volver juntos —resopló O'Hara—. Y Dios quiera que tarde aún bastante en soñar de nuevo con otro crimen.

—Mucho me temo, superintendente, que eso no dependerá de él, sino del asesino —suspiró ella—. Cada vez que ese hombre cometa un crimen... Rod soñará con él, estoy segura.

CAPÍTULO V

—«Para Hamlet, sólo resta ya... el silencio eterno...»

Y Charles Seymour cerró sus ojos, cayendo en brazos de Rodney, en la escena final de la tragedia. Se oían en la distancia las trompetas y tambores que anunciaban la llegada de Fortimbrás a Elsingor.

—«Al fin se rompió ese gran corazón» —recitó Rod—. «Adiós, amado príncipe... y que los ángeles acompañen tu celestial descanso...»

El ensayo había terminado. Seymour se incorporó del suelo, aprobando con la cabeza.

—Perfecto, muchacho. Lo hiciste muy bien, sobre todo teniendo en cuenta tu desagradable experiencia de esta noche.

—Señor Seymour, deseo debutar en este escenario mañana —dijo Rod—. He luchado mucho por un momento así, para que nada pueda impedirme gozar de ese instante.

Seymour asintió, sonriente, y se alejó, fatigado, hacia su camerino. Rod se encaminó a recoger a Hillary. El conserje salió de su garita de la salida del escenario, con sonrisa radiante. Esta vez, traía en su mano una botella de cerveza.

—Tome, señor Randall. Lo necesitará. Está agotado, por lo que veo. Pero será el mejor Horacio que ha pasado por el Old Vic, estoy seguro.

Rodney sonrió ampliamente, conmovido, tomando un trago de la fresca cerveza.

—Gracias, Keaton —respingó—. Eso, en labios de un hombre que ha visto pasar tantos actores por aquí, es todo un elogio y un honor para mí.

—Estoy seguro de que será así, ya lo verá —aseguró el hombre, retirándose con sus pasos desiguales, mientras Hillary venía al encuentro de Rod.

—Vas a estar muy bien mañana —probó ella—. Me has gustado, Rod.

—Gracias, Hill. Eres maravillosa. Keaton también me ha pronosticado un éxito. Ojalá todos tengáis razón. En cuanto a tu Ofelia, sí que va a enloquecer a la gente, estoy seguro de ello.

—Dios te oiga, Rod —suspiró ella, tomándole de un brazo—. Ahora, después de ese agotador ensayo, supongo que serás buen chico, Rod, e irás a descansar un rato, después de almorzar.

—Supones mal. No tengo tiempo ahora de eso. Hay cosas por hacer, Hill, ¿ya lo olvidaste?

—¿Qué clase de cosas?

—Muchas que hay pendientes. Quiero averiguar algunas cosas sobre los tres hombres que han muerto, Hill. Y sobre su pasado.

—El superintendente se está cuidando ya de eso, Rod. Nosotros no tenemos medios para ir demasiado lejos en la búsqueda.

—Tal vez sí... o tal vez no. De momento, he conseguido algo esta mañana.

—¿Qué?

—Ese nombre... Regis.

—¿Sabes lo que es?

—Creo que sí. Al menos, lo he encontrado en una vieja guía telefónica de las que se conservan en guardarrope para utilizar en escena. El viejo Keaton me facilitó un ejemplar. Él siempre sabe dónde está todo en este texto.

—¿De veras? —se asombró ella—. ¿Y qué es?

—Verás... Recordé que la fotografía era bastante vieja. Me dijiste que, según el superintendente O'Hara, podía tener hasta diez años. Pues bien, miré en esa vieja guía, correspondiente al Londres de 1970. De eso hace ya diez años. Encontré el nombre Regis en la misma. ¿Y sabes a qué correspondía?

—No, ¿cómo saberlo?

—A un club privado londinense. Regis Club. En Mayfair.

—¿No figura en las guías modernas?

—No. He mirado una de 1978 y otra de este año. No está ya allí.

—Pues no sé qué vamos a conseguir con ello... —se desalentó Hillary entonces.

—Muy sencillo: ir allí y tratar de que alguien de la vecindad nos hable de ese viejo club, si es que lo recuerda. Tal vez esa pista nos

lleve a alguna parte. ¿Me acompañarás, si te invito a almorzar de paso?

—Y sin invitarme también —sonrió ella de buena gana.

—¿El Regis Club, dice? Oh, claro que lo recuerdo —asintió el portero del casino de juego que se alzaba junto a Berkeley Square, en el corazón mismo del aristocrático y elegante Mayfair—. Acababa yo de entrar a trabajar aquí cuando comenzó a hablarse de su cierre. Y así ocurrió. Allí estaba, donde ahora se encuentra ese establecimiento de venta de automóviles de lujo...

—Sí, lo sabemos. De modo que llegó a verlo abierto.

—¿Abierto? Bueno, eso es un decir. Nunca estaba abierto, realmente. Era un club muy privado.

—Ya —Rodney se frotó la mandíbula, pensativo, mirando con cierto embarazo a su joven compañera. Hizo un aparte con el conserje del casino—. ¿Había... cosas poco morales en ese club, tal vez?

—¿Poco morales? ¡Cielos, no! No en el sentido que usted apunta, desde luego. Por el contrario, eran muy moralistas. Demasiado, diría yo. Me contaron que lograron hace tres años cerrar un local con chicas que se había abierto allí enfrente. Eran gente chapada a la antigua. Y, cosa rara, de las más diversas edades. Entraban en ese club desde muchachos de diecisiete o dieciocho años, hasta hombres de más de sesenta.

—Raro, ¿no?

Rod y Hillary cambiaron una fugaz mirada de inteligencia.

—Y tan raro. Por eso no me sorprendió lo que luego me contaron de ese tal Regis Club.

—¿Y qué le contaron?

—Que eran gente de una ideología ultra, de un radicalismo belicista. Ya sabe, esa clase de personas reaccionarias, que todo quieren arreglarlo a tiros...

—Sí, ya sé —dijo distraído Rod—. No me gusta la política, pero le entiendo. ¿Y qué hacía semejante gente en un club privado?

—Eso nadie lo sabe. Se supone que no les admitían en otros, y se reunían ahí. Los vecinos decían que eran un puñado de fascistas. Y que muchos de ellos vestían a veces uniformes y actuaban en cuerpos paramilitares...

—Uniformes... —repitió Hillary, pensativa.

—Sí, eso es. En fin, no eran nada bien vistos aquí. Y tuvieron que largarse. El Regis Club dejó de existir hará cosa de dos años y medio.

—Y supongo que no sabrá dónde se establecieron ahora...

—Ni idea, amigo. Ni ganas, créame. Yo, a esa clase de facciosos no les tengo la menor simpatía. ¿Y usted?

—Ya le dije que no tengo ideas políticas —sonrió Rod—. Su doctrina me tiene sin cuidado. Lo que busco es localizar a ciertos miembros de ese club.

—¿Ah, sí? —El conserje se irritó—. Pues si le interesan esos tipos, a mí no me pregunte nada más. Yo tengo familia en África. Y esos cerdos acostumbran a alistarse en grupos de mercenarios para mezclarse en los problemas de mis amigos y parientes, al servicio de ideas y de gobiernos reaccionarios... Todo el mundo lo decía aquí, malditos sean todos. Y usted también, si está de acuerdo con ellos.

Y se metió en el casino, dando por terminada la charla. Rodney y Hillary se alejaron cogidos de la mano, casi cohibidos. Pero al estar algo lejos del casino se echaron a reír de buena gana.

—Si se descuida, me llama fascista incluso a mí —bromeó Hillary—. ¿Oíste lo que dijo ese hombre, entre tantas tonterías?

—Sí. Los socios del Regis Club se alistaban en fuerzas mercenarias para combatir en África...

—Eso es. África. Y uniformes militares de campaña. Edades diferentes. Eso empieza a tener cierto sentido. Y más, si recordamos que Edgar McCarran era campeón olímpico de tiro, deportista, aventurero, cazador profesional de safaris...

—Él encaja en esa descripción de hombre violento y activo, pero los demás... Un pintor, un técnico de cine...

—Tal vez al margen de sus aficiones eran también gente violenta, amiga de la guerra por un salario generoso... Será cosa de averiguar eso. Pero tal vez ahora los nombres africanos tengan más sentido ya: Obuango, Zambela...

—Sí, tendremos que averiguar qué significa eso, Y también «la colina»... y esos «seis tigres». Por cierto, en África no hay tigres, ¿verdad?

—No, no los hay. Pero eso es secundario. Ahora que tenemos una cierta idea sobre ese Regis Club y sus miembros, tratemos de saber qué son esos dos nombres africanos. Supongo que si el Regis

sigue existiendo hoy día, Scotland Yard puede saber sobre eso mucho más que nosotros, Rod.

—De acuerdo. Vamos allá. Creo que en el Times podemos encontrar alguna respuesta, pidiendo datos a algún especialista en asuntos africanos...

—Obuango y Zambela, sí. No tiene ninguna dificultad la cuestión —sonrió el experto en temas internacionales del Tercer Mundo de la redacción del poderoso Times—. Puedo darles la respuesta que buscan en ambos sentidos.

—Nos hará un gran favor, puede creerme. Hemos oído de muchos nuevos nombres africanos, pero nada relativo a éstos en concreto...

—Pues no es nada difícil, aunque sí se trata de algo que sólo los muy especializados en un tema conocemos habitualmente —confesó el periodista, atusándose el bigote pelirrojo—. Existe un nuevo país africano que sufrió graves convulsiones internacionales hace nueve años, y estuvo ocupado por muchos guerrilleros pagados por Moscú y mercenarios de origen poco claro, así como agentes más o menos encubiertos de la CIA americana. Vivió una auténtica guerra civil, eso lo sabe todo el mundo. Pero muy pocas personas son las que saben que Obuango es el nombre de un oscuro y siniestro personaje que trató de sacar partido de esa confusa situación, para erigirse en líder y dictador del país. Obuango, sin embargo, fue combatido tanto por los guerrilleros pagados por el comunismo como por los mercenarios y asalariados americanos, ya que a ninguno complacía su subida al poder.

—¿Y qué fue de ese tal Obuango?

—Murió, no se sabe si en una escaramuza en la jungla o víctima de un atentado bien dispuesto por fuerzas extranjeras de uno u otro signo, y nunca más se supo nada de él. Ahí terminó toda su influencia y su historia.

—¿Y Zambela? —terció Hillary, curiosa.

—Es otro nombre poco conocido de la historia reciente y violenta de ese país africano. Zambela es una región del interior, donde tuvo lugar la más dura batalla de aquellos días dramáticos, con numerosas bajas por ambos lados. Nativos y extranjeros encontraron la muerte en duros enfrentamientos, y el nombre de Zambela, para el país, es un símbolo de su lucha nacional contra

unos y otros invasores del extranjero, interesados en obtener sus riquezas minerales propias, como, ocurre siempre por desgracia en estas cuestiones.

—¿Hay alguna colina especial en Zambela?

—¿Si la hay? —El gesto del periodista reflejó asombro—. Cielos, claro que sí. Desde la colina es como se podía ganar aquella batalla. Se dijo que un grupo de mercenarios la había conquistado, pero resultó incierto, y los nativos nacionalistas fueron quienes la alcanzaron y dominaron, inclinando el final de la lucha a su favor gracias a ese éxito táctico. Veo que sí saben de todo eso más de lo que parece... ¿Quién les habló de la colina y de todo lo demás?

—Alguien que usted difícilmente admitiría —suspiró Rodney—. Imagino que mencionarle «seis tigres» no tendrá ningún sentido...

—¿Seis tigres? —El especialista enarcó las cejas, negando luego —: No, en absoluto. ¿Qué es ello?

—Bah, olvídelo. Tal vez nada. ¿Cómo agradecerle lo que nos ha contado?

—De ninguna manera, amigo mío. Sí, como me ha dicho, es actor en el Old Vic, quizá cualquier día de estos vaya a pedirle una entrada de favor para aplaudir al genial Will... y, naturalmente, a ustedes, sus intérpretes —sonrió con buen humor el especialista del Times, poniéndose en pie y tendiéndoles la mano cordialmente.

Esa misma noche, tuvo Rodney Randall su cuarto, sueño.

Se había acostado con cierto temor. La tensión nerviosa por estar en la víspera del debut teatral se mezclaba con la inquietud de imaginar cómo sería su sueño esa noche. Por ello tardó algo en dormirse, y cuando lo hizo fue vencido por la fatiga y por las emociones del día.

Primero fue un reposo apacible y tranquilo, sin pesadillas de ningún tipo. Pero más tarde, todo cambió bruscamente.

De repente se vio en un callejón oscuro y alargado, escuchando sirenas de remolcadores muy cerca. El suelo estaba mojado y en él se reflejaban las escasas luces del alumbrado callejero. Los muros aparecían sucios o desconchados y el aire olía a humedad y basuras.

Se preguntó dónde podía estar, mientras deambulaba por aquel lugar sin rumbo fijo, como perdido en una zona de la ciudad que tenía todo el aspecto de ser un suburbio poco recomendable.

En la distancia se veían las luces de un *pub* tras las vidrieras del

mismo, y sonaban risas y canciones de personas embriagadas. Caminó lentamente hacia el local, sin saber por qué lo hacía.

Cuando estuvo cerca, se abrió la puerta y apareció una mujer de ajustado vestido de seda roja, muy descolado, rostro maquillado y falda corta, que marcaba sus muslos y trasero llamativamente. La mujer hacía pendular un bolso en su mano, y se quedó mirándole con aire desafiante, guiñándole un ojo.

Él pasó por su lado sin hacerle caso, ella gruñó algo y se alejó calle adelante, dejándole solo ante el *pub*. Rodney se dispuso a entrar, cuando algo atrajo su atención en otro punto de la calle. Se detuvo, con la mano cerca del tirador de la puerta encristalada.

Un hombre había aparecido, deambulando sin prisas cerca de una farola, en una esquina cercana. Se quedó mirándolo, y él le devolvió la mirada. El individuo tenía toda la apariencia de un vagabundo. Vestía lamentablemente, arrastraba sus pies al caminar, y era posible que estuviese bebido, porque eructó soezmente, y se sujetó a la pared un momento, mascullando algo que no pudo entender. La luz de la farola le dio de lleno.

Su rostro resultaba desagradable. Tenía rudas facciones de boxeador, pero una cicatriz le surcaba el rostro, desde la frente hasta casi el mentón, en su lado izquierdo, y le había vaciado un ojo, cuyo párpado cerrado se hundía en un profundo vacío. Tenía pelo rizado y unas manos enormes, capaces de triturar a cualquiera.

Pese a que era la primera vez que lo veía, Rodney estuvo seguro, en su sueño, de que no le resultaba desconocido aquel rostro, por alguna misteriosa razón que no pudo explicarse.

El individuo, tras dudar unos momentos en el camino a seguir, optó por dirigirse a un cercano callejón que conducía a alguna vieja casa de vecindad, de las del antiguo Londres, con su patio al que daban diversas puertas de albergues miserables.

Rodney vio el nombre del callejón en la entrada: Folgate Lane, Spitalfields. Ciertamente, sí era un suburbio, y de bastante mala fama a ciertas horas de la noche, pensó en su sueño, preguntándose por qué se encontraba ahora allí.

El tipo de la cicatriz avanzó resueltamente hacia el oscuro callejón, como si hubiera algo en él que le atrajera poderosamente. Rodney miró con fijeza hacia él, y descubrió con horror la presencia de un ser humano pegado al muro, medio fundido con las tinieblas

del pasaje. ¡Sus zapatos eran visibles, y eran de color negro y *beige*!

—¡No, no vaya allí! —se oyó gritar a sí mismo, con voz ronca—. ¡No vaya! ¡Es un asesino el que le está aguardando!

El hombre de la cicatriz le miró, sorprendido. Y Rodney supo dónde le había visto antes, aunque con sus ojos intactos y sin cicatrices en el rostro.

Era el cuarto hombre de la fotografía. Trató de recordar desesperadamente su nombre. El otro se encogía de hombros, iniciando de nuevo su camino.

—¡No siga! —clamó Rodney, angustiado—. ¡Está ahí, le espera! ¡No siga... Brian! ¡Van a asesinarle como a los demás!

Brian. Sí, eso era. Su nombre era Brian. Basil, John, Edgar, Brian...

Pero era como si su voz no llegara hasta el hombre. Éste seguía sin hacerle caso, sin dirigirle ya ni siquiera una mirada. Iba recto hacia el hombre de los zapatos de dos colores.

Y éste salía ahora del callejón, enarbolando algo terrible en sus enguantadas manos: ¡un hacha!

No era muy grande. Como una de esas que utilizaban los carniceros para cortar chuletas, pero su filo destellaba a la luz callejera, y Rodney estuvo seguro de que se hallaba la hoja tremendamente afilada.

El infeliz del ojo vaciado se detuvo en ese momento, mirando al hombre del hacha, y comenzó a retroceder. El otro le siguió. Rápido, preciso, le lanzó un golpe de hacha al rostro. El vagabundo trató de evitarlo, pero no lo logró del todo. La hoja le cortó una oreja. Un aullido de tremendo dolor escapó de labios del desdichado, mientras su mutilación chorreaba sangre. Se tambaleó, presa del dolor, y su agresor aprovechó esa oportunidad, mientras en el *pub* seguían sonando voces y risas, como si nadie en el mundo, excepto él, se enterase de lo que estaba sucediendo en la entrada del callejón.

El hacha, esta vez, le alcanzó el cuello. Fue tal el impacto de la hoja, que casi le separó la cabeza del tronco. Ésta colgó a un lado, mientras las carótidas vomitaban sangre tumultuosamente. El cuerpo se desplomó, con un raro rebote de la cabeza, sólo sujeta por un puñado de nervios y tendones al resto de su humanidad.

Horrorizado, Rodney asistía a aquel crimen atroz, sin poder

reaccionar, sin intervenir en él, siempre pasivo, como en los sueños anteriores.

Pero esta vez había una variación notable en la escena. Esta vez estaba viendo de cuerpo entero al asesino.

Y, de repente, éste se volvió hacia él, riendo malignamente, y soltando el hacha ensangrentada. Le miró.

Rodney sintió un frío que helaba su sangre en las venas, y miró atónito a aquel rostro encarado con el suyo.

Se estaba contemplando a sí mismo.

El asesino que le miraba desde el lugar donde un hombre se desangraba, casi decapitado... era él mismo.

CAPÍTULO VI

—¿Está seguro de lo que dice, superintendente?

—Totalmente seguro, amigo Gridley —declaró el policía, con gesto preocupado y ceñudo—. El sexto hombre de esa fotografía... es el propio Rodney Randall.

—Dios mío...

—No debimos dejarle escapar —jadeó el policía, mostrando a su visitante una fotografía enormemente ampliada del sexto personaje de la fotografía de los seis individuos, y tratada mediante procedimientos químicos para borrar, en lo posible, los rastros del bolígrafo que le desfiguraba—. Ese hombre está loco, doctor. Y nos ha engañado a todos con su absurda historia. No sueña los crímenes. Los comete. Rodney Randall es un psicópata que se imagina ver en sus pesadillas los asesinatos que él mismo comete, desligándose de la personalidad del criminal, para fingirse un inocente e involuntario testigo de los hechos. Una rara clase de paranoia, ¿no es cierto? Por eso le he llamado urgentemente al Yard, doctor. Quería que viese esto.

El psiquiatra, con gesto aturdido, tomó la ampliación. La estudió, pensativo, y afirmó:

—Sí, no cabe duda —dijo gravemente—. Es Rodney Randall en persona.

—Le dije que era culpable. Y usted creyó esa fantasía de la expresión onírica y de los sueños premonitorios, doctor.

—¿Y qué piensa hacer ahora?

—Arrestarle. Vamos de inmediato al hotel. Le detendremos, antes de que cometa algún otro asesinato. Ese muchacho de aspecto inofensivo es un ser sumamente peligroso, a quien no se puede dejar suelto ni un minuto más.

—¿También han logrado en el laboratorio descifrar el nombre escrito abajo?

—No, eso no. Se desgarró el papel, llevándose casi toda la palabra, pero quedan huellas de una letra «e» penúltima. Eso quiere decir que puede ser el nombre de Rodney perfectamente. Aunque tal vez haya utilizado en ocasiones algún nombre falso, como ahora usa un apellido que no es el suyo, por razones artísticas.

El superintendente O'Hara ya estaba dispuesto. Llamó al inspector Fenwick y a dos agentes de servicio, pidiéndoles que fueran con él para practicar un arresto.

—Puede venir también con nosotros, doctor Gridley —dijo el policía, volviéndose a su amigo—. Ahora que ya sabemos la verdad, podrá estudiar más atentamente el extraño caso de ese muchacho...

—Sí, no me lo perdería por nada del mundo, O'Hara —admitió el psiquiatra, apresurándose a salir con los policías del despacho de Scotland Yard, para subir a un coche oficial y partir hacia el hotel donde se alojaba Rodney Randall.

Mientras cruzaban la ciudad a buena marcha, el médico iba reflexionando profundamente, con gesto abstraído. Meneó la cabeza un par de veces, realmente desconcertado.

—Casi no puedo creerlo —manifestó—. Ese muchacho parecía tan normal, a pesar de sus sorprendentes pesadillas...

—Pues ya ve que uno no puede fiarse de nada ni de nadie —masculó O'Hara entre dientes—. Tal vez a estas horas esté a punto de cometer otro crimen... si es que no lo ha cometido ya, maldita sea.

—Y esa muchacha, también se engañó con él...

—¿Hillary Vincent? —El policía asintió, preocupado—. Dios quiera que no peligre también su vida. Pasaremos previamente a recogerla a ella, por si acaso. Tengo aquí sus señas, y nos viene de paso. No perderemos más de cinco minutos en eso.

Cuando se detuvieron ante el edificio donde Hillary tenía alquilada una habitación durante su estancia en Londres con la compañía teatral. O'Hara envió a uno de sus agentes para que despertara a la joven y le rogase bajar a unirse con ellos para una cuestión de suma gravedad.

El agente uniformado no tardó ni tres minutos en descender de nuevo y dirigirse rápidamente al superintendente O'Hara.

—Lo siento, señor —declaró—. La señorita Vincent no está en su alojamiento.

—¿Cómo? —se extrañó O'Hara—. Son casi las dos, y mañana debutan en el Old Vic. No puede estar trasnochando tanto...

—Su patrona dice que recibió hace poco una llamada telefónica urgente, y abandonó de modo precipitada la casa.

—Dios mío... —se quejó amargamente le policía—. ¿Sabe esa señora quién la llamaba?

—Sí, señor. Dijo llamarse Rodney Randall y parecía muy agitado...

—¡Cielos, lo que me temía! ¡Pronto, vamos a ese hotel, por si aún es tiempo! ¡Y avise a las patrullas por la radio! ¡Que vayan al hotel a arrestar a Rodney Randall, acusado de asesinato!

La máquina de Scotland Yard estaba en marcha, a toda presión, para dar caza a un peligroso asesino llamado Rodney Randall.

—Creo que no debí hacer esto, Hill...

—¿Por qué no? —sonrió ella suave, dulcemente—. Es lo mejor que pudiste hacer, Rod. Ya se demostró que avisar a la policía o ir tú solo al escenario del crimen no era una decisión acertada. Ahora seremos los dos juntos quienes vayamos allá.

El taxi cruzaba Londres a toda velocidad, aprovechando el escaso tráfico de la madrugada, en dirección este, hacia Spitalfields. Rod estaba pálido, despeinado, y junto a él se acomodaba Hillary, sin vestigio de sueño en sus bonitos ojos, pese a haber sido despertada bruscamente por la llamada de Randall poco antes.

—Pero esta vez ha sido horrible, Hill —se quejó con amargura Rodney—. Totalmente distinto... Me desperté tan aterrado, que no sabía qué hacer. Por eso te llamé...

—Te dije que hiciste muy bien, Rod —la muchacha se volvió y apretó su rodilla cariñosamente—. ¿Estás seguro que viste ese rostro con todo detalle?

—Como cuando me contemplo en un espejo, Hill. Era yo mismo. Mi propia cara.

—Rod, eso era sólo un sueño...

—Pero hasta ahora, todo se ha cumplido, detalle por detalle. Recuerda aquellas palabras: Regis, la colina, Obuango, Zambela Cosas de las que yo jamás había oído hablar. Y eran reales. El sueño real en todos sus puntos. ¿Por qué no ha de serlo ahora?

—Porque tú no mataste a nadie, Rod.

—No sé ya... —gimió el joven, angustiado—. No estoy seguro de

nada... Los psiquiatras hablan de doble personalidad, de esquizofrenias, de paranoicos...

—Olvida todo eso. Si fueras culpable, no estarías ahora deseando averiguar lo sucedido. Tu propio subconsciente te impediría que actuases así.

—Pero ¿y el rostro del asesino, Hill? ¡Era yo, yo mismo!

—Tal vez el primer detalle deformado por el sueño. No todo tiene por qué cumplirse. Es posible que el hecho de ser en cierto modo testigo a distancia de esos crímenes, sin poder evitarlos, haya despertado en ti un sentimiento de culpabilidad, y se refleja así en tu pesadilla. Ya ves que voy a tu lado, que te acompaño en plena noche, a un barrio poco recomendable de la ciudad. Eso quiere decir que tengo fe ciega en ti, Rod. Y eso debe bastarte.

—Gracias, Hill —se volvió y tomó entre las manos su cabeza, acariciando el suave cabello dorado—. Gracias por todo, amiga mía... Eres maravillosa.

—Eso es muy halagador para mí, Rod —sonrió ella, mirándole a los ojos.

Rod acarició sus mejillas con ambas manos, y luego, súbitamente, se inclinó y besó su boca. Notó que aquellos labios húmedos y carnosos devolvían el contacto tiernamente. Sintió un estremecimiento y se apartó, sin soltar a la muchacha.

—Hill, creo... creo que me gustas. Me estoy enamorando de ti —susurró.

—Rod, cariño... —suspiró ella—. Creí que nunca ibas a sentir así por mí...

Y ahora fue ella quien se inclinó rodeando su cuello con los brazos y apretando su boca a la de él, en un prolongado beso que hizo sonreír al taxista cuando los sorprendió por el retrovisor.

—Es aquí. Puede dejarnos, amigo.

El taxista les miró, preocupado. Luego estudió los alrededores.

—No es un sitio muy recomendable, a estas horas de la noche, para dos jóvenes solitarios —apuntó el taxista, inseguro.

—Lo sé. Pero no va a ocurrirnos nada, no se preocupe —pagó la carrera y sonrió—. Buenas noches. Nos entretendremos algún tiempo por aquí, en busca de un amigo.

—Está bien, como quieran. No dirán que no les avisé...

Y el taxi se alejó en la noche, dejando solos a ambos en la

siniestra, oscura calle de Spitalfields.

Rodney y Hillary se miraron. Se tomaron las manos, mirándose a los ojos. La luz de las farolas era escasa e incierta. Las sombras parecían poblarlo todo por doquier. Los callejones eran como negras bocas amenazadoras, prestas a devorar a cualquiera que se atreviese a aproximarse a sus tinieblas inquietantes.

El aire tenía un fétido olor a basuras y abandono. Un mercado próximo expandía por la atmósfera del barrio otros olores fuertes y variados que no tenían nada de agradable.

Rodney murmuró, apretando los dedos de la muchacha con fuerza:

—Vamos. Es aquel callejón, estoy seguro. Lo vi en sueños perfectamente.

—¿Folgate Lane?

—Sí, ese mismo.

—No se ve nada. Tú dijiste que el hombre cayó a la entrada del callejón...

—Así me lo pareció. Tal vez su cuerpo cayó hacia dentro, en la zona de sombras... Tenemos que verlo. Hill. Debo salir de dudas de una vez por todas, aunque sólo sea una vez más. ¿Crees que tendrá valor para...?

—No me faltará, Rod —aseguró ella—. Vamos allá.

Los dos echaron a andar resueltamente. Se aproximaron a la entrada de Folgate Lane, sumida en profundas tinieblas. Ya cerca de ella, descubrieron el oscuro reguero que se deslizaba junto a la acera. Hill apretó la mano de Rod, crispada.

—Mira eso —susurró—. Parece sangre...

—Lo es, estoy seguro —afirmó el joven, sombrío—. Quédate un poco atrás, por favor. No será una visión agradable.

Y extrajo de su bolsillo una linterna de la que se había provisto esta vez antes de abandonar el hotel, enfocando su rayo de luz hacia el suelo, dentro del callejón.

Lanzó una sorda exclamación de horror. Hill gimió, volviendo la cabeza, con un vivo estremecimiento sacudiendo su cuerpo.

—Dios, qué horror —jadeó Rodney—. Es mil veces peor aquí que en la pesadilla...

Se inclinó. El cuerpo del hombretón mal vestido yacía junto a unos cubos de basura. Tal como sucediera en el sueño, su cabeza

estaba casi separada del tronco, colgando a un lado. La sangre formaba un charco espeso y coagulado, de color oscuro.

El rostro desfigurado y terrible del infeliz era el mismo que viera en su sueño. Fuerte, ancho, con expresión de boxeador, con la nariz rota y aplastada. Las manazas enormes se crispaban en el asfalto, en una última convulsión.

Se ocupó de registrarle, sin importarle el horror de la escena, con un poderoso esfuerzo de voluntad. Encontró unos pocos papeles en un bolsillo del hombre. Una receta médica, a nombre de un tal Brian Jeffords, un documento de la Seguridad Social para recibir prestaciones por su estado de miseria, y unas pocas monedas por todo capital. En un bolsillo, encontró tabaco barato, fósforos de una taberna de la zona, de tipo publicitario... y un trozo de papel con unas señas y un nombre: Kathy Milis, Hanbury, 32, Spitalfields.

Aquello quedaba cerca de aquí, pensó Rod. Tras comprobar que el hacha yacía no lejos del cadáver, tinta en sangre, se reunió con Hillary que, muy pálida, aguardaba en la acera, sin atreverse a mirar el cuerpo del asesinado.

—Vámonos —murmuró Rod—. Tengo una dirección y un nombre. Tal vez pueda aclararnos algo sobre la víctima. Era Brian Jeffords. Brian: la cuarta víctima del grupo. Todo sigue sus pasos inexorablemente.

—¿Será hora de ver a alguien en su domicilio? Pronto encontrarán el cuerpo y...

—Lo sé. Dada la situación, veremos a esa persona sea como sea. Se trata de una mujer. Tal vez era alguna amigueta de la víctima. Es en Hanbury, aquí cerca, más arriba del mercado.

Avanzaron por las calles de Spitalfields a toda prisa, eludiendo a las parejas de *policemen* y a los coches patrulla de servicio. Rodney sabía que si era sorprendido de nuevo en la vecindad de un crimen, sería acusado otra vez, y quizás ahora no tuviera la misma suerte de la anterior.

El treinta y dos de Hanbury resultó ser, justamente, un *pub*. El mismo de la carterita de cerillas publicitarias hallada en el bolsillo de Brian Jeffords: se llamaba El Marino y el Barco, y tenía por muestra un ancla y un gorro de viejo marinero británico de los tiempos Victorianos. Empujaron las puertas, tras una indecisión de Hillary, y entraron.

La hora era demasiado avanzada, y aunque aquel *pub* debía disfrutar de un permiso especial para tener abierto de madrugada, a causa de la vecindad del mercado, para servir de lugar de reunión de los empleados y vendedores del mismo, lo cierto es que en estos momentos sólo había dos tipos bebiendo unas pintas de cerveza a un extremo del mostrador, y una mujer gorda y pelirroja, de labios muy pintados y senos enormes, situada tras el mismo, limpiando su superficie de madera bruñida.

Rodney pidió dos cervezas. La mujer miró con recelo a Hillary, como preguntándose qué podía hacer una joven de su aspecto y condición en su sitio como Spitalfields, a aquellas horas de la madrugada.

Rodney pagó las cervezas. Luego comentó, probando un sorbo:

—Busco a una tal Kathy Mills. ¿Puedo encontrarla por aquí?

—Soy yo —respondió la cantinera con aspereza—. ¿Qué se le ofrece, señor?

—Acabo de ver a Brian Jeffords —dijo calmosamente Rod.

—¿Brian? —La matrona enarcó las cejas y resopló. Sus grandes pechos se bambolearon como enormes flanes—. Ese maldito vago... Siempre metido en líos por ahí. ¿Qué le ha dicho de mí? ¿Por qué le envía? Si es para pedirme ayuda otra vez, dígale que...

—No le diré nada. No me escucharía —cortó Rod—. Está muerto.

—Muer... to... —La mujer se quedó boquiabierta, cayó el paño de sus manos y se puso a mirar a Randall como si éste fuese un fantasma—. ¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. Reposa sin vida en un callejón. No es un agradable espectáculo, se lo aseguro.

—Pobre Brian... —Ahora se mostró compasiva, y hasta había una humedad leve en sus ojos demasiado rodeados de pintura—. ¿Qué le pasó? ¿Le arrolló algún coche? Siempre iba borracho...

—No. Le asesinaron, Kathy —dijo Rod fríamente.

—¿Asesinarle? ¿A él? ¿Por qué motivo? Nadie podía querer hacerle daño. Nunca llevaba un penique. Iba bebido toda su vida, pero no se metía con nadie...

—Casi le decapitaron de un hachazo —murmuró Rod—. ¿Qué sabe de él? ¿Por qué estaba tan en la ruina, tan hundido? Parecía un hombre fuerte, capaz...

—Oh, se volvió así hace años. Desde que dejó de ser mercenario, supongo.

—¿Mercenario? —Rod se puso rígido—. ¿Quiere decir que él iba a las guerras... por un salario, sin importarle la bandera que defendiera?

—Eso es. Había sido un buen luchador. En la guerra hacían falta hombres como él. Se reclutó en diversas guerras: África, Centroamérica... Hasta que una bala le afectó el cerebro y se volvió raro, torpón... Tuvo que dejar todo aquello. Agotó sus ahorros deambulando por ahí. Ahora vivía de la caridad de todos nosotros. Pobre Brian.

—Debía de tenerle a usted un afecto especial. Llevaba sus señas en un papel, en uno de sus bolsillos...

—Pobre diablo amigo —suspiró ella, ya teniendo que enjugarse una lágrima—. Después de todo, voy a echarle de menos... ¿Es usted policía acaso?

—Algo parecido —mintió Rod, para no dar explicaciones—. ¿Cuánto tiempo hace que dejó de ser mercenario?

—Cosa de nueve años... Sí, algo así. Le pasó eso en África, en un país muy complicado. Se hartaba a contar la historia. Un compañero traidor las vendió. Casi todos ellos sufrieron daños por su culpa. Pero luego se vengaron de él allí mismo, según parece. Creo que lo dejaron morir o cosa así. Y el grupo se deshizo.

—¿Grupo? ¿Qué grupo?

—El que formaban él y sus camaradas, claro está. Eran de diversas edades, pero todos ellos mercenarios, perros de la guerra, como les decían. Eran famosos en los países donde luchaban, por su bravura y decisión, eso decía él. Todos querían contratar para la lucha a Los Seis Tigres.

—¡Los Seis Tigres! —repitió Rod, dominando su excitación. Cambió una mirada rápida con Hillary—. ¿Era el nombre del grupo?

—Sí, eso es. Parecían muy orgullosos de su apelativo. A veces se pasaba noches enteras sentado ahí, bebiendo y hablando. Contaba cosas de entonces. Pero rara vez hablaba del traidor a quien dejaron morir en África. Parecía querer eludir el tema.

—¿Nunca le vio alguna fotografía de esos seis hombres? —indagó Rod, curioso.

—No, no. Bueno, espere... —Kathy Milis hizo un esfuerzo de memoria—. Sí, creo que hace años llevaba una fotografía como la que usted dice. Sí, ahora la recuerdo. Estaban todos ellos: Los Seis Tigres. Había borrado la cara y el nombre de uno, porque decía que todos habían decidido apartar de su recuerdo a aquel miserable mozalbete traidor.

—¿Dijo «mozalbete», seguro?

—Sí, sí. Ahora puedo recordarlo muy bien. Varias veces le llamó así: «mozalbete traidor».

—¿Nunca por su nombre?

—No. Nunca.

—Y supongo que tampoco mencionó a los demás amigos, mercenarios como él.

—Oh, sí, claro que lo hizo. Muchas veces. Recuerdo de memoria sus nombres: Basil, Edgar, Derek, John...

—Supongo que no sabrá quién es, por ejemplo, el tal Derek —sugirió Rod vivamente, clavando sus ojos expectantes en la mujer de los senos gigantescos.

—¿Derek? ¿Saberlo dice? —La matrona se echó a reír—. Casualmente, es el único que he llegado a conocer personalmente. Un día, Brian me llevó a presentármelo...

—Cielos —Rod se puso rígido—. Señorita Mills, sepa que el que mató a Brian ha asesinado ya a los demás: Basil, John, Edgar... Y le falta uno: Derek. Dígame dónde puedo encontrar a ese hombre, antes de que sea demasiado tarde y sea también asesinado por ese loco homicida.

—Bueno, no lo encontrará precisamente cerca de aquí... Tiene una gasolinera ahora. Se llama Derek Robbins y se halla en Kingsland Road, al norte de Haggerston, una vez pasado Kingsland Basin.

—Es suficiente, gracias —se apresuró a decir Rodney, tomando a Hillary por una mano, sin esperar a terminar la cerveza ninguno de los dos—. Buenas noches, señorita Mills. Ojalá lleguemos a tiempo, cuando menos, de salvar una vida humana amenazada...

Y salieron del *pub* a toda prisa, sin añadir más, ante la sorpresa y desconcierto de la matrona.

Cuando tomaban un taxi en una esquina inmediata, y se alejaban hacia la zona norte de Haggerston, ya en las afueras de

Londres por su lado nordeste, varios silbatos policiales y una sirena de un coche patrulla, acercándose a toda prisa, les reveló lo que sucedía.

El cadáver de Brian Jeffords había sido ya encontrado.

CAPÍTULO VII

La gasolinera de Haggerston aparecía cerrada a aquellas horas. No había confusión, porque tenía el nombre de Robbins escrito en su fachada. Las luces estaban apagadas y no se apreciaba señal alguna de vida.

—Creo que hemos llegado demasiado temprano, Rod —comentó Hillary, al bajar del taxi y dirigirse al lugar totalmente desierto.

—O demasiado tarde —apuntó sombríamente Rodney—. Esta vez no he podido soñar nada, porque estoy despierto. Pero tengo una desagradable sensación dentro de mí...

Contempló las vidrieras del establecimiento, tras las cuales sólo había oscuridad y silencio. El taxi se dispuso a partir. Antes, su conductor les interrogó:

—¿Piensan quedarse mucho tiempo aquí? Podría esperarles unos minutos, pero no demasiado. Tengo que hacer el relevo dentro de poco, y...

—Puede irse —respondió Rodney—. Hay un teléfono público ahí. Pediremos un taxi si hace falta, amigo. Buenas noches.

El taxista hizo un gesto de conformidad, aunque parecía extrañado de que la joven pareja se quedara sola en aquel deshabitado lugar, y se alejó. Hillary miró en torno, algo preocupada.

—Si temes que pueda ocurrir algo raro, pudo haberse esperado ese taxi... —comentó.

—Ni siquiera sé lo que espero encontrar aquí, Hillary. Es sólo el presentimiento de que estamos cerca, muy cerca de algo concreto, real, tangible, mucho más que un sueño o una premonición. Si pudiera concretar qué es lo que siento aquí, dentro de mi mente, una vez más...

Se tocó la cabeza, empezando a andar bajo las marquesina de la gasolinera, entre los surtidores de combustible inmovilizados. Algún

que otro coche pasaba rápido por la calzada, perdiéndose en la distancia, hacia el centro de Londres.

De repente, los ojos de Rod se fijaron en algo que no había advertido antes.

Contempló la motocicleta, adosada a un muro lateral de la estación de servicio. Era una potente máquina cuyo dueño no aparecía por parte alguna. Ni siquiera la había dejado asegurada con una cadena para que no se la robasen.

—Es extraño... —murmuró.

—¿Qué? —se interesó Hillary.

—Esa moto. ¿Qué hace aquí? Podría llevársela cualquiera sin dificultad alguna...

Miró en derredor. Y de repente, sonó un quebrar de vidrios en alguna parte. Y un grito ronco, horrible. Se volvió, rápido. El grito ahora fue más agudo, pero no mucho más. Luego se hizo el silencio.

Hillary apretó su brazo, repentinamente pálida. Señaló ante sí.

—Ha sido ahí —dijo, señalando la estación en sombras—. Estoy segura...

Rodney se apresuró a tomar una barra de hierro que había junto a uno de los surtidores, utilizada sin duda para levantar la pesada tapa de metal que conducía al depósito de gasolina general. La enarboló decidido, caminando hacia la vidriera en sombras.

—No te muevas —avisó a Hillary roncamente—. Deja que yo mire ahí...

Se movió cauteloso. Cuando llegó a la puerta del recinto, manipuló el pomo. Cedió fácilmente, abriéndose la puerta de cristales al oscuro interior. Rodney apretó su mano en torno al hierro, y avanzó decidido. Encontró el interruptor de luz y lo accionó sin resultado. Alguien había cortado la corriente en el recinto.

Le palpitaba con fuerza el corazón. Ahora no soñaba. Sin embargo, sabía que estaba cerca, muy cerca del asesino. Muy próximo a una realidad tan escalofriante y siniestra como la de sus pesadillas.

Dio unos pasos en la oscuridad, tanteando para no tropezar ni delatar su presencia allí. Pero, de repente, se paró en seco. Sonó otro estrépito de vidrios, en alguna parte, a sus espaldas. Y luego algo heló la sangre en sus venas.

—¡Rod! —chilló Hillary, con voz de terror—. ¡Aquí, por Dios, Rod!

Lanzó una sorda imprecación, se maldijo por su torpeza y retrocedió dando trompicones, sin importarle ya el ruido que causara, en busca de la muchacha, que se había quedado esperándole fuera.

Alcanzó la salida, justo cuando rugía el potente motor de la motocicleta. Saltó al exterior, enarbolando la pesada barra de hierro con su extremidad curva. Vio a Hillary, demudada, pegada al muro, mirando con terror al vehículo que arrancaba ya, rugiente, a toda máquina. No parecía haber sufrido daño, pese a su error al dejarla allí sola.

—¡Hill! —chilló—. ¿Qué te ocurre?

—Nada... nada... —sollozó—. Ese hombre... salió de una puerta lateral... Va herido. Y es... es... Dios mío, Rod... ¡es igual que tú!

Rodney Randall, estupefacto, vio desaparecer la motocicleta en la noche, a fulgurante velocidad. Contempló luego el reguero de sangre que iba hasta el lugar donde se hallaba la moto antes. Allí formaba un pequeño charco. Luego desaparecía, para reaparecer de nuevo más allá, en forma de gotitas oscuras sobre el asfalto.

—Hill, cariño... —La rodeó con sus brazos, estremecido aún—. Pudo haberte matado ese monstruo...

—Se limitó a mirarme... Es horrible, Rod. Es tu viva imagen, como si fueras tú mismo... pero con gesto cruel, maligno... Va bañado en sangre, cojeando... y lleva zapatos negros y *beige*...

—Igual que yo... —susurró Rodney, perplejo—. Como en el sueño...

—Sí —musitó ella—. Nunca vi parecido más increíble... Tu viva imagen, tu rostro.

—No es posible... —jadeó Rod, lívido—. No es posible... Él murió... hace años... lejos de Londres... Eso me dijeron, cuando menos...

—¿Él? ¿Quién, Rod? —Ella le miró angustiada.

—Mi hermano... Mi hermano Elmer... Yo nunca dije que él y yo... éramos gemelos... Nos habíamos separado siendo casi niños. Abandonó a la familia. Huyó al extranjero. Ya de muchacho... adoraba la guerra, la violencia... y mató a otro niño. Por eso escapó de Inglaterra... El algo que quise olvidar, que jamás he deseado

recordar de nuevo, Hill... Lo tenía escondido en mi subconsciente, en mis recuerdos perdidos... Pero ahora vuelve a mi memoria con nitidez. Un día, recibí una copia de un certificado de defunción... a nombre de Elmer Kellaway, muerto de tumor maligno cerebral en Glasgow, hace siete años... Un día visité su tumba, estando de gira por Escocia. Y su nombre figuraba en la lápida... A menos que...

—¿Qué, Rod? —murmuró Hillary, muy pálida, sobrecogida.

—A menos que todo fuese una farsa... y esté vivo, bien vivo... mientras otro yace en la tumba en su lugar. Elmer pudo ser... el sexto «tigre». Ser mercenario, matar y cobrar por ello, hubiera satisfecho sus deseos de adolescente... Tal vez a los veinte años llevaba ya una larga carrera de soldado a sueldo, sin bandera ni ideal. Dios mío, si fuese Elmer... Eso explicaría otras cosas...

—¿Qué cosas? —le interrogó Hillary.

—Los sueños... las premoniciones... Hill, mi hermano era un ser extraño, siempre lo fue. Poseía grandes dotes de hipnotizador, de sugestionador incluso a distancia y en forma colectiva... Papá le quería convertir en una figura del teatro o del circo, precisamente por eso. Pero a él nunca le gustó seguir esa carrera.

—¿Cómo no pensaste en todo eso antes? Eso explica muchas cosas. Debe influir en ti a distancia, transmitirte sus propios pensamientos... tal vez por simple crueldad, por hacerte sufrir y sumirte en la locura.

—Hill, ¿cómo pensar algo así? Legal y oficialmente, Elmer está muerto. Nunca pensé que él siguiera vivo, en alguna parte...

—Pues evidentemente lo está. Elmer Kellaway, tu hermano, es el asesino que te ha transmitido en todo momento sus propias vivencias criminales. Fue un mercenario y es un asesino —aseguró Hillary, rotunda—. Él traicionó sin duda a sus camaradas, en África, y ellos se vengaron de alguna forma de él. Más tarde, tranquila y fríamente, él regresó y ajustó cuentas con ellos... ¿Has visto si ahí dentro...?

—No —murmuró Rod—. Pero iré a ver. Sin duda el infortunado Robbins también estará muerto. Vamos a verlo los dos. No te dejaré sola otra vez, querida.

Entraron. En el fondo de la vivienda encontraron al fin el cuerpo de Derek Robbins, degollado con una navaja de afeitar. Pero Robbins había luchado por defenderse de su agresor. Un espejo

aparecía hecho añicos contra una mesa, y en sus vidrios se veían restos de sangre. Sin duda logró estrellar ese espejo en la cabeza de su asesino, hiriéndole. El reguero de sangre que éste dejó, era visible hacia la salida.

Rodney apretó la mano de Hillary con fuerza. Murmuró, excitado:

—El rastro de sangre... Hill, tenemos que seguirlo. En una motocicleta, ese hombre, sea mi hermano o no, tiene que dejar un reguero detrás de sí... Tal vez sea posible ir tras él...

—Pero... ¿cómo, Rod?

—Muy sencillo. En un automóvil sería imposible seguir la pista, Pero no en un vehículo como el de él: una motocicleta, Hill.

—¿Dónde encontrar ahora una motocicleta?

—De eso me encargo yo —suspiró Rodney—. Ven conmigo.

Caminaron un trecho no muy grande, hasta una serie de viviendas alineadas junto a la ruta. Rodney saltó los setos, recorriendo la parte posterior de todas ellas. Pronto regresó junto a Hillary con una pequeña motocicleta.

—La devolveré en cuanto sea posible —murmuró—. A estas alturas, robar un vehículo no es ya un delito demasiado reprobable... Volvamos a la gasolinera, rápido.

Se alejaron mientras ladraban algunos perros en la noche. Al amanecer, algún joven iba a encontrarse sin medio de locomoción para ir a su trabajo. Pero ahora, Rodney necesitaba de modo imperioso seguir aquel rastro de sangre.

Empezaron a rodar desde la gasolinera de Robbins. El foco de la moto se proyectaba en el asfalto. Las señales de la sangre eran nítidas, aunque algo espaciadas.

Comenzare, a seguir las hacia el centro de Londres. A veces debían retroceder hasta un cruce de calles y reanudar de nuevo la marcha en otro sentido, hasta reencontrar las gotas oscuras en el asfalto.

De ese modo, insensiblemente, fueron llegando a alguna parte. De pronto, las señales de sangre desaparecieron. Esta vez rodó en varias direcciones, sin hallar nuevas gotas oscuras. Regresó al punto de partida. Miró el edificio que tenía ante sí. Hillary, sentada a su espalda, lanzó una exclamación de sorpresa.

—Rod... —murmuró—. Estamos... estamos en...

—Sí —afirmó Randall, perplejo—. Estamos en el Old Vic. Justamente en el teatro donde vamos a debutar mañana, Hill...

CAPÍTULO VIII

El superintendente O'Hara terminó de hacer sus anotaciones. Miró sombrío la figura sangrante de Derek Robbins, el espejo roto, la sangre salpicándolo todo en derredor.

—Dios mío —jadeó—. Dos asesinatos en una misma noche, inspector Fenwick. Primero ese infeliz vagabundo en Spitalfields, ahora este hombre en Haggerston... La mujer de la cantina, la que fue amiga de Jeffords, ha tenido razón. Aquella pareja, sin duda, eran Rodney Randall y Hillary Vincent.

—Pero, señor, esa muchachita no creo que sea cómplice de un asesino loco... —dudó el inspector Fenwick.

—No sé si lo será o no, pero lo cierto es que el hombre de la fotografía es Rodney Randall, y que por cada lugar que ha pasado él esta noche, ha aparecido un hombre muerto de forma violenta. Esta vez tendrá que explicar muchas cosas, si quiere salir bien librado del lío en que está metido. Volvamos al coche. Hay que regresar por si las patrullas logran dar con ellos. Que unos agentes traten de seguir ese reguero de sangre del exterior.

—Sí, superintendente —asintió con firmeza el inspector Fenwick.

Salieron al exterior. O'Hara regresó a su coche oficial, poniéndose en marcha, mientras varios agentes se quedaban en la gasolinera del difunto Robbins. Sonó el radioteléfono. O'Hara lo atendió en persona.

—Soy yo, superintendente —sonó la voz del doctor Gridley—. Tengo noticias importantes para usted.

—¿Qué clase de noticias? Creo que por esta noche, me sobran por todas partes, doctor.

Y le informó de cuánto sucedía.

—Creo entender, O'Hara —afirmó Gridley—. Como creo entender muy bien a ese joven actor. He descubierto algo muy

importante, en relación con alguien llamado Elmer Kellaway.

—¿Elmer? ¿El difunto hermano de Rodney?

—El mismo, superintendente.

—¿Qué ocurre con él ahora? ¿No murió hace años?

—Oficialmente, así es. En Glasgow, de tumor cerebral. Pero existen dudas sobre eso. El hombre que murió en Glasgow no conocía allí a nadie, ni nadie le conocía a él. Podía ser Elmer o no. Lo cierto es que era gemelo. ¿Entiende? Rodney y él eran iguales. Eso nunca nos lo dijo Rodney. Creo que lo ocultó en su subconsciente por alguna razón. He averiguado que Elmer Kellaway fue violento, mercenario y aventurero sin escrúpulos desde los dieciséis años. Un caso precoz de belicosidad y conducta agresiva. Ya se le había dado por muerto una vez en África, con motivo de una guerra civil en la que participó como mercenario a los dieciocho años. Lo cierto es que parece ser que engañó a sus camaradas y los vendió a una patrulla enemiga. Ellos salieron con bien de la traición, y se vengaron dejándole abandonado en poder del enemigo, a punto de ser fusilado. Elmer salió con bien de eso y regresó a Inglaterra más tarde. Pudo morir en Glasgow o no. Por entonces, desapareció en esa ciudad un joven, un tal Barry Allyson, que acogió y ayudó a Elmer. Se dijo que había salido de improviso al extranjero. Lo cierto es que ya jamás volvió. Y Elmer Kellaway fue dado por muerto y enterrado por esas mismas fechas. Su muerte figura como causada por un tumor cerebral pero lo cierto es que falleció víctima de un extraño accidente que desfiguró su rostro, al caerle encima un frasco de ácido corrosivo, que le hizo arrojarle por una ventana a causa del dolor. En la autopsia se reveló que padecía un tumor cerebral y eso figuró como causa de su muerte. Se le enterró, y el joven Allyson desapareció por entonces.

—¿Qué sospecha usted, doctor?

—Que Elmer suplantó a Allyson el tiempo justo, tras abrasarle con ácido y tirarle por la ventana, ocupando luego su sitio. Debe ser un buen experto en disfrazarse, ya que de niño su padre quiso hacerle actor, aunque a él no le gustó ese oficio. Después desapareció, fingiendo un viaje al extranjero, y ahí terminó el rastro de Elmer Kellaway... para reaparecer en Londres de nuevo, ajustando cuentas a sus antiguos camaradas mercenarios.

—Es una historia plausible. Pero sigo necesitando a Rodney

Randall. Quisiera saber dónde está metido ahora...

—Y yo, superintendente, y yo —suspiró la voz del médico con preocupación—. Porque podría suceder que esté demasiado cerca de su hermano... y corra grave peligro en estos momentos.

La puerta del escenario estaba abierta.

Eso no era normal a estas horas de la noche. Rodney tiró de Hillary, moviéndose lentamente hacia el interior del teatro en sombras. Sólo las macilentas bombillas aparecían alumbrando tenuemente el acceso al escenario.

El cubículo encristalado que ocupaba el viejo Keaton por las noches aparecía desierto. No se oía ruido alguno en todo el recinto.

Hillary siguió a Rod, valerosamente, mirando a todos lados. El joven aún empuñaba la barra de hierro conseguida en la gasolinera de Haggerston.

—Mira —susurró Rod, señalando al suelo de madera, bajo una bombilla colgada del techo.

Ella asintió, muy pálida. Las dos gotas de sangre eran visibles en las tablas. El rastro del asesino continuaba dentro del teatro. En alguna parte del Old Vic, un asesino se ocultaba en las sombras. Un retorcido y cruel personaje, casi una sombra shakespeariana, flotaba en el ambiente, ominoso y aterrador.

Llegaron al escenario, desolado y con el telón alzado, la platea y los palcos apenas visibles más allá de las candilejas apagadas. Los forillos colgaban de las bambalinas, y los practicables permanecían apoyados contra el fondo, a la espera del montaje escénico de *Hamlet*. Un ciclorama de cortinas flotaba al fondo, con cientos de pliegues en los que podía ocultarse una sombra humana.

—Tengo miedo, Rod —susurró Hillary.

Y su voz retumbó en apagados ecos por la platea. Apretó con fuerza la mano de su compañero. Randall la serenó:

—Calma. He cerrado la puerta de entrada con doble cerrojo. El asesino no puede escapar de aquí ahora.

—Nosotros tampoco —susurró Hillary.

—Hay un teléfono en la cabina de Keaton. Llamaremos a la policía, si es preciso.

—¿Dónde se habrá metido el viejo conserje?

—No lo sé. Tal vez esté dando su ronda a todo el teatro. Yo...

—¡Señor Randall! —Sonó en ese momento una apacible voz a

sus espaldas—. ¿Qué hace usted aquí a estas horas? Señorita Vincent, ¿usted también?

Se volvieron, dominando su sobresalto. Eric Keaton, el conserje, aparecía al fondo, con aire siempre afable, arrastrando su pierna y sonriendo a los dos jóvenes, mientras su mano empuñaba una lámpara eléctrica.

—Oh, Keaton, ya le explicaré —murmuró Rod—. Es difícil de contar. ¿Qué hacía la puerta abierta? Usted siempre la cierra, ¿no?

—Oh, por supuesto. Pero nunca paso el cerrojo —suspiró Keaton, arrugando el ceño—. ¿Es posible que alguien la haya abierto?

—Estoy muy seguro de eso —afirmó Rod—. Un asesino, Keaton. Y está ahora aquí dentro, en el teatro.

—¿De veras? —El conserje dio un paso atrás, con gesto aturdido—. Dios mío... ¿Cómo ha podido ocurrir eso? ¿Será preciso llamar a la policía?

—Sí, Keaton. ¿Quiere hacerlo por nosotros? Yo seguiré buscando por aquí...

—Desde luego, señor Randall. Voy enseguida —afirmó el conserje, dirigiéndose a su cubículo de la entrada.

Hillary y Rod se miraron, mientras el viejo Keaton se alejaba arrastrando su pierna. Él sonrió a la joven, apretando su mano con calor.

—No temas nada —susurró—. Ya ves que no estamos solos aquí dentro...

Ella asintió, pensativa. De repente, clavó sus ojos en el suelo de madera del escenario. Rod notó su estremecimiento. La miró. Notó sus ojos abiertos, fijos en un punto determinado.

—¿Qué ocurre, Hill? —quiso saber.

—Ah, Rod... —musitó ella—. Mira eso...

El joven se adelantó un poco. Hillary señalaba al suelo. Lo contempló.

—Muchas... —murmuró—. Manchas de sangre...

Se inclinó. Tocó la sangre en la madera. Eran sólo dos gotas. Retiró los dedos. Hillary gimió algo entre dientes. La sangre estaba húmeda. Era reciente.

—Pero ¿cómo? —murmuró Rod, alzando la cabeza.

Miró a lo alto. Allí no podía haber nadie. Los telares eran

visibles muy arriba, con los telones colgados.

Hillary dio unos pasos por el escenario. Siseó algo a Rod. Éste giró la cabeza. Ahora era ella la que le mostraba sus dedos mojados de sangre reciente. Se aproximó rápido a ella. Era en otro punto del escenario, camino de la salida.

Arrugó el ceño. Siguió andando, como si se dispusiera a abandonar el teatro. Dentro de su vidriera, Keaton estaba telefoneando. Rod miró al suelo. Más gotas de sangre. Siguió el rastro con la mirada.

Justo hasta la puerta de la conserjería. Sus cabellos se erizaron. Avanzó, decidido. El conserje le sonrió con su rugoso rostro, colgando el teléfono. Se encaminó a la puerta vidriera para asomar.

—Ya está —dijo—. La policía estará aquí en un momento, señor Randall...

Rod miró a sus pies. Unas gotas de sangre se deslizaban bajo su pantalón. Era Eric Keaton quién sangraba. Hillary musitó roncamente:

—El hombre de la motocicleta, Rod... también cojeaba, te lo dije...

El rostro rugoso de Keaton no reveló emoción alguna. Pero sus ojos brillaron.

—De modo que se dieron cuenta —murmuró con una rara voz.

Ya no era el tono apagado, cansino y afable de un viejo conserje. Era la voz de un hombre joven.

Rod le miró con fijeza. La sangre fluía por su pantalón, formando gruesas gotas. Hillary le apretó el brazo, demudada.

—Ha vuelto la hemorragia, maldita sea —jadeó Keaton—. Ese Robbins me pegó bien. Me clavó los vidrios del espejo en la cabeza y en el suelo... Me seguisteis el rastro, ¿verdad, Rodney?

—Elmer... —susurró Rod—. Tú eres Elmer... mi hermano.

—Tardaste en saberlo —soltó una carcajada el falso conserje, arrancándose de un tirón parte de su mascarilla de plástico moldeable, ajustada hábilmente a su rostro auténtico. Entre jirones de materia artificial, surgió una faz idéntica a la de Rodney—. El viejo Keaton era todo un personaje, ¿verdad?

—Dios mío, Elmer... —Rod sintió que todo daba vueltas a su alrededor—. ¿Cuánto tiempo llevas con esa falsa identidad?

—No más de dos años —rió el asesino—. Cuando murió el viejo

conserje del Old Vic, ocupé su puesto. Siempre les gusta contratar gente vieja y afable en estos teatros. Se me da bien ser actor, Rodney. Debe ser cosa de la sangre, ¿no?

—De modo que eras tú, realmente. Mataste a todos esos hombres...

—Eran basura. Me dejaron por muerto, en manos de mis enemigos. Pero salí del apuro y juré vengarme. Mi cojera es real, Rod. Muy real. Recuerdo de las balas que recibí entonces.

—Si ellos eran basura, ¿qué eres tú, realmente?

—Quizá lo mismo. Les traicioné primero. Por un buen puñado de dinero, eso sí. Pero los muy cerdos se escaparon de la emboscada y me la guardaron. Yo también a ellos. Y he reído el último...

—Tu vida ha sido una miserable cadena de violencias siempre, Elmer. ¿Por qué mezclarme a mí en ello? Tú me hiciste soñar con esos crímenes...

—Fue todo un experimento, ¿no? Mi poderosa mente, utilizando a mi hermanito para un juego fantástico. Lo planeé todo cuando supe que venías a debutar aquí. Nunca te quise, Rod. Tú eras el mimado de papá y mamá, no yo. Te odié siempre. Y te utilicé en mis transmisiones de pensamiento e hipnosis a distancia... Ha sido fascinante y magnífico, reconócelo. Ni el gran Houdini hubiera sido capaz de algo parecido.

—Eres un miserable —le acusó Hillary—. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Sólo tengo una posibilidad: mataros —rió Elmer con crueldad infinita, quitándose su peluca blanca y demás trozos de plástico. Apareció su cabeza, con el cabello empastado por la sangre de una gran herida—. Y eso es lo que voy a hacer.

Sacó con rapidez algo del bolsillo. Esta vez era un arma. Una pistola automática de calibre 38. Les encañonó con ella. Hillary se abrazó, demudada, a Rod. Éste la acogió, mirando serena, fríamente, a su hermano gemelo.

—Haz lo que quieras conmigo, pero deja a salvo a Hillary —pidió—. Ella no te ha hecho nada.

—Lo siento. El viejo Keaton es un buen refugio para mí. Seguiré utilizándolo. Y para ello... debo mataros. El bonito juego termina aquí para vosotros, Rodney, querido hermano. No me dejaste otra opción, por llegar tan lejos.

En ese momento, fuertes golpes sonaron afuera, en la puerta del escenario. Una sirena policial aulló en la calle.

—¡Abran! ¡Abran, en nombre de la ley! —rugió una voz potente—. ¡El teatro está rodeado! ¡Si hay alguien dentro, que salga con los brazos en alto y se entregue! ¡Sabemos que hay dentro un asesino herido! ¡No tiene escapatoria! ¡Salga en el plazo de un minuto o derribaremos la puerta!

Hillary y Rodney se abrazaron con mayor fuerza, mirando fijamente a Elmer Kellaway. Éste estaba lívido, seguía sangrando. Suspiró, moviendo la cabeza, sin aparente emoción alguna.

—Parece que perdí la última batalla —comentó—. Hay que saber perder, hermano. Siempre supe ganar y perder. En el Regis Club me llamaban «el niño violento». Podía dar lecciones a todos aquellos tipos...

—Elmer, entrégate —rogó Rodney—. Ya no existe la pena capital en Inglaterra. No te va a pasar nada...

—No, Rodney. Yo no sirvo para eso. Podría llevarte conmigo al infierno, pero eso no iba a servirme ya de mucho consuelo. Me equivoqué contigo. No debí mezclarte en mis asuntos, y esto nunca se hubiera sabido. Espero que mañana, en este mismo escenario, trates de demostrar que eres mejor actor que yo. Suerte, Rodney. Y si es posible... perdóname alguna vez.

Los golpes seguían allá fuera. Las voces, también.

Elmer Kellaway giró el arma hacia sí. Hillary sollozó, ocultando el rostro contra el pecho de Rod. El disparo brotó del arma de Elmer. Lo recibió en plena boca.

Esta vez era el telón final para una tragedia sangrienta y oscura, que había tenido su desenlace en un escenario donde, al otro día, Shakespeare mostrarla otra tragedia de sangre, de odio y de muerte a los espectadores.

Sólo que, esta vez, todo había sido real. Tremendamente real.

Hillary siguió sollozando, abrazada a Rodney. Luego ambos fueron hacia la puerta, para abrir a la policía.

FIN



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

